

blo el sepulcro de Labán el sirio, suegro de Jacob). También me señalaron el lugar donde Raquel robó los ídolos de su padre (73).

5. Así, pues, en nombre de Dios, después de haber visto todo, nos despedimos del santo obispo y de los monjes que se habían dignado conducirnos hasta allí. Regresamos por la misma ruta e iguales etapas que al venir de Antioquía.

XXII. Hacia Constantinopla

1. De regreso a Antioquía demoré allí una semana; el tiempo requerido para disponer lo necesario para el viaje. Salí de Antioquía. Llegué, después de varias etapas, a la provincia denominada Cilicia, cuya metrópoli es Tarso. En ella ya había estado cuando iba para Jerusalén.

2. En Isauria, a tres etapas de Tarso, se encuentra el *martyrium* de Santa Tecla (74). Su cercanía me brindó la gran satisfacción de poder llegarme hasta él.

XXIII. Otras ciudades hasta Constantinopla

1. Saliendo de Tarso, llegué a una ciudad junto al mar, todavía en Cilicia, llamada Pompeyópolis. En el territorio de Isauria me detuve en una población de nombre Corico, y al tercer día llegué a la ciudad de Isauria, llamada Seleucia. Al llegar fui al encuentro del obispo, un verdadero santo, antiguo monje.

Contemplé también en esa ciudad una iglesia muy bella.

2. De ahí a la iglesia de Santa Tecla, que está más allá de la ciudad en una planicie sobre una colina, hay unos mil quinientos pasos (75). Por eso preferí continuar mi camino para detenerme allí como lo había establecido. Junto a la iglesia sólo se ven innumerables monasterios de hombres y de mujeres (76).

3. Allí encontré una de mis mejores amigas, de cuya vida todos en Oriente rinden testimonio, una santa diaconisa de nombre Martana (77). La conocí en Jerusalén, a donde había ido por devoción; ella regía monasterios de apotactites o vírgenes (78). Al verme, ¡qué grande gozo para ella y para mí! ¿Podría acaso describirlo?

4. Pero volviendo a mi asunto, existen numerosos monasterios sobre la colina. En el medio hay un muro enorme que incluye la iglesia, en la que se encuentra el *martyrium* que es de particular hermosura. El muro fue construido allí para defender la iglesia contra los isauros, gente muy perversa que se entrega con frecuencia al pillaje y podría tentar una mala jugada contra el monasterio que cuida de la iglesia.

5. Cuando hube llegado, en el nombre de Dios, luego de haber hecho una plegaria en el *martyrium* y haber leído además todos los hechos de Santa Tecla (79), he tributado infinitas acciones de gracias a Cristo nuestro Dios, que se dignó colmar todos mis deseos, no obstante saberme tan indigna y desprovista de merecimientos.

6. Permanecí allí dos días. Habiendo visto a los santos monjes y apotactites, tanto hombres como mujeres que allí estaban, hecha una oración y recibida la comunión, volví a Tarso a retomar la ruta. Allí hice un alto de tres días. Luego, en nombre de Dios, partí con el fin de continuar mi camino. El mismo día llegué a la etapa, que se llama Mansocrenas, al pie del monte Tauro, donde me detuve.

7. Al día siguiente ascendí al monte Tauro y pasé por una ruta conocida en todas las provincias, que ya había atravesado antes, la que atraviesa Capadocia, Galacia y Bitinia; y así llegué a Calcedonia, donde me detuve a causa del famosísimo *martyrium* de Santa Eufemia, que conocía de antes y se levanta en ese lugar (80).

8. Al día siguiente, por vía de mar, llegué a Constantinopla. Rendí gracias a Cristo nuestro Dios, que se dignó, no obstante ser indigna y sin méritos, otorgarme una gracia tan extraordinaria, dándome la voluntad de ir y la posibilidad de recorrer todos los lugares deseados, y poder volver a Constantinopla.

9. En donde, desde que he llegado, en cada iglesia y en los santuarios consagrados a los Apóstoles, como también en todos los *martyria*, aquí muy numerosos, no he cesado de dar gracias a Jesús nuestro Dios, por haberse dignado concederme de esta manera su misericordia.

10. Por eso, dueñas mías y luz de mi alma, mientras escribo esta relación para vuestra caridad, me propongo en nombre de Cristo nuestro Dios, encaminarme a Asia, esto es, a Efeso, para rezar ante el *martyrium* del bienaventurado apóstol San Juan (81).

Si después de esto aún no he abandonado este cuerpo y logro visitar otros lugares, o bien os lo narraré de viva voz, si Dios me concede esta gracia; o por lo menos, si se me ocurre otro proyecto, os lo anunciaré por escrito. Y vosotras, señoras mías y luz de mi alma, dignaos tan sólo acordaros de mí, ya esté en mi cuerpo, ya fuera de él.

NOTAS

1. Es verdaderamente de lamentar que el precioso manuscrito descubierto por Gamurrini se halle mutilado. Faltan muchas páginas al principio y quizás otras tantas hacia el fin. Además a lo largo del texto, no faltarán algunas lagunas.

2. Este valle es la llanura *d'Er Rahah*, "el valle del descanso".

3. En este sitio fueron castigados por Dios los israelitas después de haber comido las codornices, como se lee en el pasaje escritural indicado. Los Setenta tradujeron este inciso por "los sepulcros de la codicia".

4. Se refiere a los monjes de la región, a quienes denomina en forma diversa. La autora emplea el epíteto "santo" con harta frecuencia porque en los años primeros de la Iglesia, los cristianos se llamaban entre sí, tanto con la palabra hermano como con la de santo. Eteria llama santo a Moisés, a Elías, santos los montes... No siempre lo hemos traducido en obsequio al carácter de nuestra lengua.

5. Casi 6 Kms. Todos los datos que da nuestra autora son siempre aproximados.

6. Unos 23 Kms. y medio de largo por unos 6 de ancho.

7. Farán era la única población en el interior de la península arábiga, al noroeste del Sinaí.

8. La expresión "la majestad de Dios" es una forma bíblica del griego; la Vulgata habitualmente traduce "gloria de Dios".

9. Estos monasterios en un principio fueron ermitas o grutas donde moraba un monje solamente. Al reunirse varios monasterios se formaban las "Lauras"—palabra que comienza a usarse en el s. IV y que nunca usa nuestra autora—, junto a las cuales se levantaba la iglesia a la que acudían los monjes. El término monasterio se adoptó posteriormente por *cenobio*, en el cual los monjes vivían en comunidad.

10. La práctica de la hospitalidad era considerada por obispos y monjes como una de las más eficaces de la caridad.

11. Al llamar "ascetas" a los monjes, el texto introduce una novedad, pues entonces se daba este título a quienes sin alejarse de su familia o casa, se dedicaban en el celibato a la práctica de la perfección evangélica.

12. "Hacer la oblación" es una expresión que significa la celebración del Sacrificio de la Misa. La palabra "misa" la usa nuestra autora, en la mayoría de las veces, para indicar la "despedida", es decir, el final de una función.

13. El término "eulogia" designa el pan bendito ofrecido por los fieles para fines del sacrificio, pero que luego no era consagrado sino repartido entre los asistentes. Se lo enviaban entre sí los fieles en señal de paz y benevolencia. Por extensión designa también otros dones y frutos bendecidos, que los obispos mutuamente se enviaban o que los monasterios obsequiaban a sus huéspedes.

14. Señoras (*domina*) es un título de honor que la autora junta ordinariamente a otro más afectuoso; como "señoras venerables y hermanas", "señoras de mi alma", "señoras hermanas", "señoras luz mía", etc.

15. Parte del mar Mediterráneo comprendida entre las ciudades de Alejandría y Pelusio; esta última era una ciudad antigua (al este de la actual Port Said) emporio celebrado y puerto importante. Fue llamada “Llave oriental de Egipto”; hoy es un desierto.

16. Es frecuente la confusión entre Sinaí y Horeb. La Biblia nombra indistintamente ambos montes significando siempre el macizo montañoso. San Jerónimo los cree dos nombres diversos de una misma montaña. Existe un solo macizo, llamado Sinaí en conjunto. Con todo, este nombre se reserva especialmente a un pico, el más alto, aquel en el que se manifestó el Señor a Moisés; Horeb es otro pico contiguo al anterior, en el que se conservan rastros de la presencia en él de Elías. Horeb significa monte de la visión.

17. Casi 4 Kms. y medio.

18. A 716 ms. más abajo de la cumbre del *djebel Musa* (monte de Moisés), se levanta la iglesia del monasterio de Santa Catalia, santa martirizada en Alejandría, el año 307; también se lo suele llamar monasterio de la Transfiguración. Allí se mantiene todavía hoy el recuerdo de la zarza ardiente.

19. Casi 52 Kms.

20. A 145 ms., 290 ms. y 740 ms., respectivamente.

21. Los estudios realizados no conceden mucha probabilidad a la opinión que afirma que los israelitas al salir del Sinaí hayan seguido por mucho tiempo la dirección del oeste. La diversidad de opiniones se origina en que la Biblia designa con la palabra Farán el desierto de Arabia Pétreá, que cubre el norte de la península sinaítica, mientras que en nuestro texto, Farán es una ciudad donde se detuvo la peregrina, al oeste del Sinaí.

22. Ciudad situada en el emplazamiento actual de Suez.

23. El texto utiliza la palabra monasterio en lugar de campamento; pero Geyer prefiere “puesto de soldados” (*statio militum*) como corresponde por lo que luego sigue.

24. En VII-3 ofrecer Etería una interpretación de la manera con que llegaron los hebreos al Mar Rojo. Esto se afirmaba entonces por tradición, pero en forma alguna puede atribuírsele un valor absoluto.

25. Epauleo es una región fronteriza del gran lago amargo. Al norte de Clysma, había una fortaleza que dejó el nombre a *Magdalum* (hoy Tell Abú Hazan). Por este sitio y no por Clysma atravesaron los hebreos el Mar Rojo.

26. Belsefón, parece que no sea otra cosa que un fuerte fronterizo, difícilmente identificable.

27. En Otón, o Etham, los israelitas cambiaron de rumbo por orden de Dios.

28. Sucot, parece ser el nombre hebreo de Pithon, ciudad que el faraón hizo construir a los israelitas.

29. Ciudad que figura en Génesis XLVI, 28 y 29.

30. Santuarios levantados en honor de los mártires, generalmente en el lugar de su sepultura. Algunos adquirieron singular importancia y prestigio. Del contexto se desprende el gran honor concedido entonces al culto de los mártires.

31. Unos 23 Kms. y medio.
32. Arabia, aquí es una población. Con el mismo nombre se designan esta población y la región.
33. Casi 6 Kms. Ramesés; con este nombre se llamó más tarde la región de Gosén. Fue una ciudad fundada o restaurada por el faraón Ramsés II.
34. La leyenda del origen de este sicomoro, explica fácilmente el culto que se le tenía.
35. En Oriente se celebra el nacimiento de Cristo en la festividad de Epifanía. Nuestra autora describe esta celebración más adelante en XXV, 6 y siguientes.
36. Esta entusiasta descripción de la tierra de Gosén corresponde a la que de ella nos hace la Biblia; véase: Núm. XX, 5 y Deut. XI, 10.
37. El Exodo no afirma expresamente que Moisés naciera en Tanis. Puede con todo deducirse del hecho de haberlo recogido la hija del Faraón, junto al río.
38. Sobre Pelusio véase la nota núm. 15. En tiempo de la autora, era una animada ciudad greco-romana y ruta principal entre Egipto y Palestina. Los israelitas la evitaron en su salida de Egipto.
39. Jerusalén fue en gran parte destruida por Tito en el año 70; después de la sublevación judía en 133, fue reconstruida por el emperador Adriano (*Aelius Hadrianus*) y en ella instaló una colonia romana con su nombre, *Aelia Capitolina*.
40. Este texto presenta oscuridades. Arabot es el rincón del valle entre el Jordán y el Mar Muerto. Abarim por el contrario, el nombre del monte que domina el valle por el este y desde el cual Moisés contempló la tierra de promisión.
41. Término usado en la época de la autora para designar el ejemplar de la Biblia.
42. Algo más que 9 Kms.
43. Una especie de ambón, tribunas desde donde los clérigos y sacerdotes leen los textos sagrados, predicán y dan aviso a los fieles. Suele haber dos, uno a la derecha y otro a la izquierda del altar mayor.
44. Es un pasaje oscuro, pues encierra evidente contradicción. Pareciera, en efecto, afirmarse que nadie conociese su tumba con el fin de confirmar la creencia de que los ángeles lo hubiesen enterrado. A diferencia de la Vulgata, los Setenta usan el verbo en plural "enterraron": "Ellos (Josué, Eleazar, etc.) lo enterraron" y no los ángeles. De estas palabras se originó la falsa interpretación. La tradición hebrea admite que fuera enterrado por ministerio del arcángel San Miguel (Cf. Judas 5-9). El sepulcro de Moisés debía quedar ignorado para evitar profanaciones y sobre todo para que su cadáver no fuera motivo de idolatría para el pueblo.
45. Los Setenta tradujeron "estela de mujer", y ha sido vertido por "títubo", "columna", "estatua". El Cód. Lugd. por "columna de sal", etc. No es extraño que la fantasía popular haya relacionado aquel hecho con las columnas de sal existentes en los alrededores del Mar Muerto. Estas creencias tienen poco que ver con la Sagrada Escritura.
46. Mucho más de 8 Kms. Por mediación de Lot esta ciudad (de difícil identificación) se salvó de ser destruida.

47. La Vulgata llama a la tierra de Job, tanto Hus (Job I, 1), como Ausitis (Jer. XXV, 20).

48. El texto impide precisar si aquí se refiere a monjes, o a familias e incluso, como interpretan algunos, a escombros.

49. El texto aquí se halla estropeado y no permite completar la palabra griega, cuyas últimas sílabas son *opu*.

50. El título de "Rey de las naciones" no es de Codolagomor (o como dicen otros, Codorlaómer), sino de Tadal, el cuarto rey, en quien hoy se quiere ver a un soberano hitita.

51. Casi 300 ms.

52. La palabra latina "operari", usada por la autora, adoptó varias significaciones: como "ejercer el ministerio", "realizar obras de caridad", etc.

53. Aquí falta una hoja (dos páginas escritas) que fue arrancada del manuscrito.

54. Sobre la ubicación de Cárneas no existe unidad de parecer. Nuestra autora en XIII, 2 afirma que la ciudad de Job, anteriormente llamada Denaba, se levanta entre los límites de Idumea y Arabia. El *Onomasticón* en 112, 3 la considera una importante ciudad de la Arabia, más allá del Jordán. San Jerónimo la sitúa en el ángulo de Batanea a 6 Kms. al sur de la actual Nawa. Quizás pueda reconocerse esta ciudad en la antigua Qarnaim, que sucedió a Asthareth, transformada en distrito llave, después de la campaña de Teglathfalasar III el año 733 a.C. Pertenecía a la Provincia de Arabia Bizantina. Para esto cf. F. M. Abel, *Géographie de la Palestine*, II, 184 ss. No la hemos asentado en nuestro mapa en forma definitiva por carecer de suficiente certeza y no poder precisar el alcance de las palabras de Eteria.

55. Unos 145 ms.

56. La leyenda de la correspondencia cambiada entre el rey Abgar y Jesucristo fue muy tenida en cuenta en la antigüedad, especialmente en Oriente, y parece haber tenido origen por el siglo tercero. Ha dejado memoria de ella Eusebio en su Historia Eclesiástica. Las cartas son apócrifas, y según ellas, Ananías, un pintor de la corte real, habría servido de correo entre Abgar y Jesús. La curación del rey habría sido realizada por un discípulo enviado por el apóstol Santo Tomás; el cual, a su vez, sería enviado a predicar el Evangelio al rey y a su pueblo, después de la ascensión del Salvador a los cielos.

57. Antioquía era la capital de la provincia Cele-Siria. Después de Roma y Alejandría era la ciudad más importante del Imperio Romano. Por el año 341, separaron la provincia Augustofratense, con Hierápolis por capital, ciudad de gran importancia militar.

58. Algo más que 22 Kms.

59. "Confesor" es una palabra que encerró distintas significaciones a lo largo de la historia eclesiástica. Aquí en el texto designa un monje de eximias virtudes dedicado al servicio eclesiástico.

60. Estos textos pudieron haber sido lo que el Evangelio narra de este apóstol (Juan XX, 24-29), o quizá las Actas (apócrifas) del martirio del santo Apóstol en las Indias.

61. Probable referencia a palabras de la presunta carta de Jesús a Abgar.
62. Casi 5 Kms.

63. Es probable que se refiera a la traducción de Eusebio hecha por Rufino por el año 398 según unos, y en 403 según otros; de modo que el viaje de Eteria sería no muy posterior a estas fechas.

Para curiosidad del lector transcribimos ambas cartas tal como se hallan en la Historia de Eusebio (I, 13):

“Abgar, príncipe de Edesa, al buen Salvador Jesús que apareció en los confines de Jerusalén, salud. Han llegado a mí noticias acerca de ti y de las curaciones que tú llevas a cabo sin hierbas ni medicinas. Pues es fama que tú has restituido la vista a los ciegos, el andar a los cojos, que los leprosos son limpios, expulsados los demonios y los espíritus inmundos, sanados los oprimidos por enfermedades prolongadas y por último resucitados los muertos. Habiendo oído estas cosas acerca de ti, me he convencido, o de que tú eres verdaderamente Dios, que bajado del cielo haces estas cosas, o ciertamente Hijo de Dios. Por lo tanto te he escrito, rogándote que nos visites y que no te pese sanar nuestra enfermedad. Pues oigo decir que los judíos te denigran y preparan insidias para tu cabeza. Poseo una ciudad, ciertamente pequeña, pero decorada, que es suficiente para nosotros dos.”

Contestación: “Bienaventurado eres, Abgar, que has creído en mí sin haberme visto. Pues de mí está escrito que los que me vieren no creerán en mí, y que recibirán la vida los creyentes que no me hubiesen visto. En cuanto a lo que me escribes de que yo vaya a ti, tengo necesidad de cumplir aquí todas las cosas por las cuales he sido enviado y, una vez cumplidas éstas, volver al que me envió. Además, apenas me hubiere trasladado a Aquél, te enviaré alguno de mis discípulos, que cure tu enfermedad, y dé la vida a ti y a los tuyos”.

64. Este mártir no figura en ningún martirologio; con seguridad es un santo indígena de veneración particular de esta región.

65. El 23 de abril.

66. La palabra maravillas (*virtudes*) —cosas maravillosas—, puede significar tanto los milagros realizados por personas santas, como lo extraordinario de su forma de vida.

67. Unos 1.400 ms.

68. Nacor, hermano de Abraham, es padre de Batuel; el cual, a su vez, es padre de Labán y Rebeca.

69. La palabra *canon*, ya se usaba desde mediados del siglo IV para designar la lista de los libros de la Sagrada Escritura reconocidos por la Iglesia como divinamente inspirados.

70. Unos 1.400 ms.

71. Casi 9 kms.

72. Algo más de 700 ms.

73. Labán adoraba al Dios verdadero (Gén., XXXI, 53). Se trata, pues, de unos amuletos a los que atribuía no más de un valor supersticioso, no obstante estar él inficcionado de paganismo e idolatría. Probablemente se refiere a los *terafim* o dioses penates.

74. Es la protomártir de las vírgenes, discípula y colaboradora de San Pablo. Forma como el tipo de las vírgenes cristianas, y gozó de gran veneración en la antigüedad cristiana.

75. Unos 2 Kms. y 200 ms.

76. Es la primera referencia que se hace en este diario a los monasterios femeninos.

77. Se llamaban diaconisas aquellas mujeres vírgenes o viudas, de edad madura, a quienes el obispo había impuesto las manos. Sus funciones variaron con los lugares y los tiempos. Fueron de origen apostólico.

78. Este nombra apotactites, aparece por primera vez en este diario y ya no será la última. Con él se designaban todos aquellos, hombres o mujeres, que renunciaban a los bienes de este mundo; vivían junto a la iglesia o agrupados en casas particulares. Su vida se ligaba estrechamente a la celebración del culto. Formaban como una clase entre el clero y los fieles.

79. Estas actas forman parte de la literatura apócrifa del Nuevo Testamento. El episodio de Santa Tecla ocupa un lugar muy importante en "Las Actas de Pablo"; sin duda que a esta literatura se refiere nuestra autora.

80. Santa Eufemia fue martirizada en Calcedonia a principios del siglo IV. Su culto se extendió mucho entre los griegos. En esta basílica, erigida en su honor, tuvo lugar el año 451 el célebre Concilio de Calcedonia.

81. San Juan se refugió en Efeso después de la toma de Jerusalén y después de su destierro en la isla de Patmos; allí murió y fue sepultado hacia el año 100. Varios templos tenía la ciudad en su honor; el más célebre lo hizo construir Justiniano en 540.

SEGUNDA PARTE
LITURGIA DE LA IGLESIA DE JERUSALEN

MONUMENTOS CONSTANTINIANOS (1)

Esta segunda parte es de notable importancia para el estudio de la antigua liturgia. Para que el lector pueda apreciar las descripciones de Eteria, es conveniente tener presente el plano, que adjuntamos, de los edificios construidos por el emperador Constantino y su madre Santa Elena sobre el Gólgota y la tumba del Redentor. Añadimos a él, resumida, la descripción que de estos monumentales edificios, hace el eminente arqueólogo palestinese P. Meistermann, O.F.M.

Ciento noventa años después de la profanación llevada a cabo por Adriano, Santa Elena, deseando honrar el teatro de la Pasión y de la Resurrección, hizo destruir las obras ordenadas por Adriano en honor de los dioses sobre los lugares santos. Una vez puestos a luz estos lugares, el emperador Constantino ordenó la construcción de un monumento grandioso y suntuoso, “digno del lugar más venerable del mundo”, según sus propias palabras. La roca que contenía la tumba del Salvador, fue aislada de la ladera de la colina y se le dio una forma redonda; todo lo demás rebajado hasta el nivel de la entrada del sepulcro. Sobre esta superficie así aplanada, se erigió un espléndido monumento redondo, cubierto por una cúpula, cuyo diámetro exterior medía 36,52 ms. En el interior del templo, a 6 metros de las paredes exteriores, había una circunferencia de 12 columnas intercaladas cada 3 por 2 pilas-tras. En el centro de esta circunsferencia estaba el monumento que cubría la tumba sagrada. Este grandioso templo se llamaba la Anástasis, es decir, Resurrección. Al este y a continuación de la Anástasis, se abría un atrio cerrado por magníficos pórticos sostenidos por columnas que Eteria llama atrio “antes de la Cruz”, porque en el ángulo sudeste, se conservaba el Calvario. Allí estaba al descubierto el Gólgota, tallado a pico y reducido a un cubo de 6 por 5 ms. Las superficies exteriores de este cubo estaban cubiertas de preciosos mosaicos; la superior, rodeada por una balaustrada de plata y en su centro se elevaba una gran cruz prodigiosamente ornada. En la extremidad oriental de este patio y cerrándolo por ese lado, Constantino construyó una monumental basílica, que llamó *Martyrium*, y que nuestra autora menciona también con el nombre de “iglesia mayor, que está después de la Cruz”. Tenía cinco naves separadas por columnas de mármol y en

el centro una cripta, que era la gruta donde Santa Elena había encontrado el madero de la santa Cruz. Poseía este soberbio templo tres grandes puertas que se abrían al oriente, frente a otro grandioso atrio de unos 37 ms. de lado, cerrado, rodeado de un pórtico sostenido por columnas; su parte este, también de 3 puertas, daba a los propileos y por éstos a la calle. La línea eje de todos estos edificios pasaba los 150 ms. (Cf. *Guida di Terra Santa*, pág. 127 y sig. Firenze, 1925).

XXIV. Liturgia de cada día (*)

1. Para que vuestra caridad conozca los oficios que diariamente se realizan en los santos lugares, me creo en el deber de exponerlos. No se me oculta que tendrán gusto en ello.

Todas las puertas de la Anástasis se abren cada día antes del canto de los gallos (1). Bajan todos los *monazotes* (monjes) y las *parthenae* (vírgenes), como se los llama aquí (2). Y no sólo ellos, sino también los laicos, hombres y mujeres, que desean velar desde muy temprano (3). Desde esa hora hasta el amanecer se dicen himnos; los salmos se alternan e igualmente las antífonas (4). A cada himno se reza una oración. Dos o tres sacerdotes diariamente se turnan, lo mismo los diáconos con los monazotes, recitando las oraciones de cada himno y de cada antífona.

2. Cuando comienza a aclarar, se recitan los himnos matutinales (5). Llega entonces el obispo con el clero, y de inmediato penetra en la gruta. Desde adentro de los cancelles, primeramente dice una oración por todos, después menciona los nombres de aquellos a quienes quiere recordar (6) y bendice a los catecúmenos. Pronuncia todavía una oración y bendice a los fieles. Sale después el obispo de adentro de los cancelles y todos se le aproximan para besarle la mano. Al salir los bendice uno por uno y los despidе de este modo, cuando ya ha aclarado totalmente.

3. A la hora de sexta (mediodía), nuevamente descienden todos a la Anástasis. Se rezan salmos y antífonas mientras se avisa al obispo, el cual desciende, como anteriormente, y no se sienta, sino que de inmediato va detrás de los cancelles dentro de la Anástasis y entra en la gruta en la que estuvo por la mañana. Allí hace primero oración y bendice a los fieles. Cuando luego sale de los

canceles, se le acercan para besarle la mano. A la hora novena (a las 15) se hace lo mismo que al mediodía.

4. A la hora décima (a las 16), tiene lugar lo que aquí suele llamarse *licinicón* y que entre nosotros se denomina “lucernario” (7). Toda la muchedumbre se reúne en la Anástasis. Se encienden todas las lámparas y los cirios, lo cual produce un extraordinario resplandor. La llama no se trae de afuera, sino del interior de la gruta, donde una lámpara brilla sin cesar, tanto de día como de noche, dentro de los cancelos. Se reza por largo rato los salmos lucernarios y las antífonas. Entonces se advierte al obispo, quien descende y se sienta en un elevado sitio. También los sacerdotes se sientan en sus lugares. Se recitan himnos y antífonas (8).

5. Al concluirlos, el obispo se levanta y permanece de pie delante del cancel de la gruta. Uno de los diáconos, como es de práctica, hace memento de todos. A cada nombre pronunciado por el diácono, los numerosos niños que están de pie agregan con muy grandes voces: *Kyrie eleison*; o como nosotros decimos: Señor, tened piedad de nosotros.

6. Cuando el diácono terminó de decir lo que debía, el obispo eleva primeramente una oración por todos, y así en común rezan fieles y catecúmenos. Otra vez el diácono levanta la voz pidiendo a todos los catecúmenos presentes que inclinen la cabeza, y el obispo de pie pronuncia la bendición sobre ellos. Se itera la oración y de nuevo el diácono levanta la voz y pide a todos los fieles allí presentes que inclinen la cabeza, y el obispo bendice a los fieles. De este modo se despiden de la Anástasis, y se acercan al obispo para besarle la mano uno a uno.

7. Después se dirige el obispo desde la Anástasis hasta la Cruz entre himnos, y todo el pueblo lo acompaña (9).

Una vez allí, eleva ante todo una plegaria y bendice a los catecúmenos; luego, después de otra oración, bendice a los fieles. A continuación, tanto el obispo como la multitud van detrás de la Cruz y allí se ejecuta de nuevo lo mismo que se hizo delante de ella. Como en la Anástasis, delante y detrás de la Cruz, se acercan para besar la mano del obispo. Enormes candelas de vidrio penden numerosas por doquier. Gran cantidad de cirios se encuentran ya delante de la Anástasis, como delante y detrás de la cruz. Todo acaba con la llegada de la noche. Estas ceremonias se realizan por entero durante seis días de la semana junto a la Cruz y en la Anástasis.

8. El séptimo día, o sea, el domingo (10), antes que canten los gallos, se congrega la multitud, toda la que puede estar en ese lugar —tanta como si fuese Pascua—, en la basílica situada cerca de la Anástasis; pero afuera, por cuya causa penden luminarias. Porque temiendo no llegar para el canto de los gallos, acuden con anticipación, y allí se sientan. Se recitan himnos y antífonas. Por cada himno y por cada antífona se rezan oraciones. En ese lugar se hallan siempre sacerdotes y diáconos dispuestos a celebrar estas vigiliat atendiendo a la muchedumbre allí congregada, porque es costumbre de que no se abran los santos lugares antes del canto de los gallos.

9. Pero una vez que cantó el primer gallo, de inmediato baja el obispo y entra en la gruta de la Anástasis, en la cual brillan innumerables luces. Una vez entrado el pueblo, cualquiera de entre los sacerdotes dice un salmo; responden todos y luego eleva una oración. Del mismo modo, uno de los diáconos recita otro salmo y pronuncia también una oración. Un tercer salmo lo dice uno de entre los clérigos, hace una tercera oración y una conmemoración por todos.

10. Acabados los tres salmos y hechas las tres oraciones, entonces se introducen incensarios en la gruta de la Anástasis, de tal modo que toda la basílica de la Anástasis se llena de perfumes. El obispo, que está de pie tras los cancelos, toma el Evangelio, se acerca a la puerta y él mismo lee el pasaje de la Resurrección del Señor. Desde el comienzo de la lectura, se escuchan tales gritos y gemidos de los asistentes y tales llantos que el más insensible sería movido a lágrimas al recordar cuánto el Señor ha sufrido por nosotros.

11. Léido el Evangelio, el obispo sale y es conducido a la Cruz entre himnos y todo el pueblo lo acompaña. Se recita nuevamente allí un salmo y se dice una oración. Luego bendice a los fieles y se hace la despedida. Mientras el obispo sale, acuden todos a besarle la mano.

12. Entonces el obispo se retira a su casa. A partir de este momento todos los monazotes regresan a la Anástasis. Hasta el amanecer se entonan salmos y antífonas, y a cada salmo y antífona se hace una oración. Todos los días por turno, los sacerdotes y los diáconos celebran estas vigiliat con el pueblo en la Anástasis. También los laicos, hombres y mujeres, si así lo desearan, perma-

necen en el lugar hasta el amanecer; los que no quieren, tornan a sus casas a dormir y reposar.

XXV. Oficio de la mañana

1. Cuando hubo amanecido, por ser día domingo, se va en procesión a la iglesia mayor, que mandó construir Constantino. Esta iglesia se levanta en el Gólgota, detrás de la Cruz (11). Se cumple en ella todo cuanto se acostumbra hacer el domingo en todas partes.

Existe aquí la costumbre que permite a todos los sacerdotes del lugar predicar si lo desean. Después de ellos, predica el obispo. Todos los domingos se realizan estas predicaciones para instruir al pueblo en las Escrituras y en el amor a Dios. El tiempo insumido por estas predicaciones retarda mucho la salida de la iglesia, pues no se sale antes de la hora cuarta y quizá quinta (a las 10 ó a las 11).

2. La despedida de la iglesia se hace de acuerdo a la costumbre que hay en todas partes; los monazotes entre cantos conducen al obispo hasta la Anástasis. Al canto de los himnos, el obispo se pone en marcha y entonces se abren las puertas de la basílica de la Anástasis y penetra todo el pueblo; pero no los catecúmenos, sino solamente los fieles.

3. Tras de haber entrado el pueblo, lo hace también el obispo y de inmediato va detrás de los cancelos de la gruta. Primeramente se dan gracias a Dios (12), luego se eleva una plegaria por todos. A continuación el diácono levanta la voz ordenando que inclinen la cabeza todos los presentes y el obispo, estando de pie tras los cancelos interiores, los bendice y luego sale.

4. Mientras sale, todos se le acercan para besarle la mano. De este modo la despedida se extiende hasta la quinta o sexta hora (11 ó 12).

El lucernario se cumple igualmente según la práctica diaria. Esta práctica se observa todos los días durante el año entero, con excepción de los días de fiesta, cuya modalidad explicaremos más adelante.

5. Entre todo, lo más señalado es esto, que los salmos y las antifonas, tanto los de la noche y de la mañana, como los de las

horas sexta, novena y los del lucernario, se dicen siempre apropiados y adaptados al tema de la ceremonia que se realiza (13).

6. Y aun cuando durante el año, el domingo siempre se oficia en la iglesia mayor —la que se levanta en el Gólgota, detrás de la Cruz, y que hizo construir Constantino—, sin embargo un solo domingo, el quincuagésimo día después de Pascua, es decir, el de Pentecostés, se va a Sión (14); empero de tal manera que se salga para Sión y se llegue allí antes de la hora tercia (las 9) habiéndose primeramente celebrado misa en la iglesia mayor... (15).

CICLO DE LA EPIFANIA

Epifanía

...“Bendito sea el que viene en nombre del Señor”, y lo demás que sigue (Mateo, 21, 9). Dado que los monazotes van a pie, se debe caminar con más lentitud. Por esto se llega a Jerusalén a la hora en que un hombre ya puede distinguir a otro, esto es, cerca del día, pero antes de que se haga luz (16).

7. Al llegar allí entra el obispo de inmediato en la Anástasis y todos con él. Las luces iluminan extraordinariamente. Se entona un salmo y se dice una oración. A continuación, el obispo bendice primeramente a los catecúmenos y luego a los fieles. El obispo se retira y cada uno va a su morada para descansar. Pero los monazotes permanecen allí hasta el día, recitando himnos.

8. Cuando el pueblo ya ha descansado, hacia la hora segunda (las 8), se congregan todos en la iglesia mayor, que está en el Gólgota. Considero superfluo describiros cuál sea el ornato de la iglesia en ese día, tanto de la Anástasis como la de la Cruz y la de Belén. No se ve otra cosa que oro, piedras preciosas y seda. Si observáis las colgaduras, son de seda recamada en oro; si miráis las cortinas, son también ellas de seda bordada con oro. Los objetos del culto de toda especie, que se exponen ese día, son de oro con incrustaciones de piedras preciosas. En cuanto al número y valor de los candeleros, de las lámparas y de los demás objetos de culto, ¿quién podría valorarlos y describirlos?

9. ¿Y qué decir de la decoración de los edificios, que Constantino —con la vigilancia de su madre y empleando todos los

recursos del imperio— ha colmado de oro, mosaico y mármoles preciosos, tanto la iglesia mayor, cuanto la Anástasis, la Cruz y los otros lugares de Jerusalén?

10. Pero tornando a nuestro asunto; el primer día se celebra la misa en la iglesia mayor que está en el Gólgota. Se predica, se leen las lecciones, se entonan himnos; todo apropiado al día. Luego de la salida de la iglesia se va cantando a la Anástasis, como de costumbre. La despedida tiene lugar, más o menos, a la hora sexta (mediodía). Ese mismo día se cumple el lucernario como suele hacerse siempre.

Octava de la Epifanía

11. Al día siguiente se va también a la iglesia del Gólgota y de igual manera el tercer día. Así, pues, durante tres días hasta la hora de sexta, se celebra esta fiesta en la iglesia que construyó Constantino.

El día cuarto, se celebra en la Eleona, es decir, en una iglesia muy bella levantada en el Monte de los Olivos, con igual decoración y la misma pompa (17). El día quinto es en el *Lazarium*, que, Jerusalén dista, más o menos, mil quinientos pasos (18).

El sexto día, en Sión; el séptimo en la Anástasis, y el octavo en la Cruz. De este modo durante los ocho días se despliega toda esta pompa y este adorno en los lugares santos que acabo de nombrar.

12. En Belén durante esta octava se exhibe cada día el mismo ornato y la misma pompa, desplegada por los sacerdotes, por todo el clero del lugar y por los monazotes allí radicados (19). Porque desde la hora de la noche en que todos con el obispo regresan a Jerusalén, hasta el amanecer los monjes del lugar continúan de vela en la iglesia de Belén, recitando himnos y antífonas; pues es necesario que el obispo permanezca durante esos días siempre en Jerusalén. A causa de la solemnidad y de la pompa de ese día, turbas innumerables de todas partes se reúnen en Jerusalén, no sólo de monazotes, sino también de laicos, hombres y mujeres.

XXVI. Fiesta de la Presentación

1. El día cuadragésimo después de la Epifanía se celebra aquí con muchísima solemnidad (20). Pues se realiza una procesión a la Anástasis. Todos participan cumpliendo los ritos en el orden habitual y con muy gran pompa como si fuera Pascua. También predicán todos los sacerdotes y el obispo, comentando aquel pasaje del Evangelio en el que se narra que a los cuarenta días de nacido, José y María llevaron al Señor al templo; donde lo vieron Simeón y la profetisa Ana, hija de Fanuel, y las palabras que profirieron al contemplarlo, y la ofrenda que los padres presentaron (Luc., 2, 21-39).

Después de cumplirse con regularidad todas las ceremonias habituales, se celebran los sacramentos y luego se hace la despedida (21).

CICLO CUARESIMAL

XXVII. Ayunos de cuaresma

1. Cuando llegan los días de Pascua, se celebra aquí de este modo.

Entre nosotros se ayuna cuarenta días antes de Pascua; mientras aquí, ocho semanas. Se observan ocho semanas, pero los sábados y los domingos no se ayuna. Se exceptúa un sábado, el de la vigilia de Pascua, en el que se debe ayunar. Por tanto, fuera de este día, durante todo el año en sábado nunca se ayuna. Luego si las ocho semanas se quitan los ocho domingos y los siete sábados —pues debe ayunarse un sábado, como dije antes—, quedan cuarenta días de ayuno; aquí llamados *eortae*, es decir, la cuaresma (22).

Liturgia de la semana cuaresmal

2. En cada uno de los días de estas semanas, se practica lo siguiente: El domingo, al primer canto del gallo, lee el obispo en el interior de la Anástasis el pasaje del Evangelio relativo a

la Resurrección del Señor, como se hace en los domingos de todo el año.

3. De igual modo en la Anástasis y en la Cruz se realiza hasta el amanecer lo que se hace en los domingos de todo el año. Después de lo cual, de mañana, se va, tal como todos los domingos, en procesión a la iglesia mayor, llamada *Martyrium* y que se encuentra en el Gólgota, detrás de la Cruz.

Del mismo modo se realiza la despedida de la iglesia y entre himnos se va a la Anástasis, como se hace los domingos. Con estas ceremonias se llega a la hora quinta (las 11). Igualmente el lucernario tiene lugar en su hora, como de costumbre, en la Anástasis y en la Cruz y en cada uno de los lugares santos. El domingo no se celebra el oficio de la hora novena.

4. También la segunda feria (lunes) se va a la Anástasis desde el primer canto del gallo como en todo el año y hasta el amanecer se realiza lo mismo de siempre (23). A la hora tercera (las 9), se va otra vez a la Anástasis y se cumple todo aquello que durante el año se acostumbra a la hora sexta (mediodía), pues durante la cuaresma se añade este oficio a la hora tercera. También en las horas sextas, novena y del lucernario se cumple lo que siempre se acostumbra durante todo el año en estos lugares santos.

5. Asimismo, en la tercera feria (martes) todo se realiza como en la segunda. De igual manera, en la cuarta feria (miércoles) se va a la Anástasis por la noche y se oficia lo establecido hasta la mañana. Igualmente a la tercera y sexta horas. Con respecto a la novena hora, todo el año hay costumbre de trasladarse a Sión a esta hora, en las ferias cuarta y sexta (miércoles y viernes), excepto los días de fiesta de algún mártir. Siempre la cuarta y sexta feria son días de ayuno también para los catecúmenos. A la hora novena se va a Sión. Si por acaso durante la cuaresma coincidieran en miércoles o viernes las fiestas de los mártires, a la hora novena (las 15) no se va a Sión.

6. Como acabo de decir, en tiempo de cuaresma se va a Sión en la hora novena de la feria cuarta. Allí se hace cuanto suele hacerse durante todo el año en esa hora, excepto la oblación. Para que el pueblo conozca la ley, el obispo y los presbíteros le instruyen por medio de la predicación. Después de hecha la despedida, todo el pueblo acompaña al obispo desde allí a la Anástasis cantando himnos. Desde allí el recorrido se hace de tal manera que,

al entrar en la Anástasis, ya es la hora del lucernario; luego se dicen himnos y antífonas, se rezan oraciones y tiene lugar la despedida del lucernario en la Anástasis y en la Cruz.

7. Mas la despedida del lucernario en esos días de cuaresma se hace siempre más tarde que en el resto del año.

En la feria quinta todo se hace como en la feria segunda y la feria tercera. En la feria sexta todo se hace como en la feria cuarta; se van también a nona a Sión y de allí, con himnos, es llevado el obispo a las Anástasis. Pero en la feria sexta se celebran las vigili-
as en la Anástasis desde la hora en que se ha regresado de Sión con himnos hasta la madrugada, esto es, desde la hora del lucernario en que se entró hasta el amanecer del día siguiente, el sábado. Se hace la oblación en la Anástasis más temprano para que la despedida sea antes de la salida del sol.

8. Durante toda la noche se dicen, unas veces salmos con sus responsorios, otras veces antífonas, otras varias lecciones: todo lo cual dura hasta el amanecer. La misa, esto es, la oblación, que se hace el sábado en la Anástasis, tiene lugar antes de la salida del sol, para que en la hora en que comienza a salir el sol tenga lugar la despedida en la Anástasis. Así se celebran todas las semanas de cuaresma.

Los hebdomadarios

9. Lo que he dicho, que la misa del sábado se dice más temprano, antes de salir el sol, es para que puedan terminar más pronto su ayuno los llamados aquí «hebdomadarios». Pues hay aquí domadarios (24). Pues para el ayuno de cuaresma existe aquí la costumbre que los hebdomadarios (con otras palabras, los que hacen semanas de ayuno) coman el domingo al concluir la misa a la quinta hora (las 11). Desde el almuerzo del domingo ya no comen más, sino el sábado por la mañana, después de haber comulgado en la Anástasis. Por esta causa, pues, para que puedan más pronto romper el ayuno, el sábado se reza la misa en la Anástasis antes de levantarse el sol. Al decir que por causa de ellos la misa se celebra tan de mañana, no significa que sean ellos los únicos en comulgar, pues ese día lo hacen cuantos lo desean (25).

XXVIII. Otras formas de ayuno cuaresmal

1. Esta es aquí la costumbre de los ayunos de cuaresma: algunos, después de haber comido el domingo, después de la misa, a la quinta o sexta hora (a las 11 ó al mediodía), ya no comen más en toda la semana hasta el sábado siguiente después de la misa en la Anástasis. Estos son los que ayunan las semanas enteras.

2. Después de haber comido el sábado por la mañana ya no lo hacen a la tarde; sino que al día siguiente, domingo, almuerzan después de salir de la iglesia, a la hora quinta (las 11) o más tarde y, como antes dije, ya no comen hasta el sábado siguiente.

3. Otra costumbre hay: los llamados aquí apotactites, hombres y mujeres, solamente comen una vez al día, no sólo en la cuaresma, sino todo el año. Si entre ellos hubiera alguno que no pudiese soportar semanas enteras de ayuno, según dijimos, en la cuaresma cena a media semana en la feria quinta (jueves). Quien ni siquiera esto pudiese, ayuna dos días en cuaresma; y por fin, aquel que ni esto mismo pudiese, come sólo a la tarde de cada día.

4. Nadie impone lo que debe cumplirse, sino que cada uno realiza lo que puede. Quien hace mucho no es alabado; ni vituperado, quien menos (26). Esta es la costumbre que existe en estos lugares.

El alimento durante la cuaresma es el siguiente: No se puede tomar pan ni saborear aceite ni cualquier otro producto vegetal, sino agua tan sólo y algunas gachas de harina... (27) ...así se cumple la cuaresma, según dijimos.

XXIX. Séptima semana de cuaresma

1. Y concluidas estas semanas... (28), las vigiliass se cumplen en la Anástasis, el viernes desde la hora del lucernario (a la cual se viene de Sión cantando salmos) hasta el sábado por la mañana cuando se hace la oblación en la Anástasis. En la segunda, tercera cuarta, quinta y sexta semanas, se hace lo mismo que en la primera semana de cuaresma.

2. Al llegar la semana séptima, cuando tan sólo faltan dos

para la Pascua, diariamente sucede todo como en las semanas precedentes. Tan sólo que las vigili­as que se celebraban durante las seis semanas en la Anástasis, ahora se realizan en Sión el viernes de la séptima, todo conforme al rito con que se solía hacer en la Anástasis durante las seis semanas. En todas las vigili­as se recitan salmos y antífonas, adecuados siempre al lugar y al día.

3. El sábado, al despuntar el día, el obispo ofrece el sacrificio y realiza la oblación por la mañana. A la despedida, el archidiácono (29) levanta la voz y dice: “Que todos nos encontremos hoy a la hora séptima (a las 13) en el *Lazarium*” (30). Hacia la hora séptima todos se encaminan al *Lazarium*. El *Lazarium*, esto es, Betania, dista de la ciudad alrededor de dos millas (31).

4. Cuando se va de Jerusalén al *Lazarium*, a casi quinientos pasos (32) de este lugar, se destaca una iglesia sobre el sitio donde María, hermana de Lázaro, fue al encuentro del Señor. Cuando llega ahí el obispo, salen todos los monjes a su encuentro. Entonces penetra el pueblo, se entona un solo himno y una sola antífona y se da lectura a aquel pasaje del Evangelio, en el que se describe que la hermana de Lázaro sale al encuentro del Señor (Juan, 11, 29). Hecha luego una oración, se bendice a todos y entre himnos se continúa al *Lazarium*.

5. Llegados al *Lazarium*, se congrega tanta muchedumbre que, no sólo el lugar preciso, sino también todos los campos circundantes, se ven colmados de hombres. Se entonan himnos y también antífonas apropiadas al día y al lugar; igualmente, las lecturas son apropiadas al día. A la despedida se anuncia la Pascua: un sacerdote sube sobre un sitio elevado y lee el pasaje del Evangelio donde está escrito: “Habiendo venido Jesús a Betania, seis días antes de la Pascua”, y lo demás (Juan, 12, 1). Leído este pasaje y anunciada la Pascua, se retiran.

6. Se realiza esta ceremonia en ese día, porque consta en el Evangelio que seis días antes de la Pascua así se hizo en Betania. En efecto, desde el sábado hasta el jueves —en que después de la cena por la noche se prendió al Señor— hay seis días. La gente toda retorna a la ciudad en derechura hacia la Anástasis y como de costumbre se reza el lucernario.

XXX. Semana Mayor

1. Al día siguiente, domingo, se entra en la semana pascual, aquí llamada “semana mayor” (33). A partir del canto del gallo, se celebró cuanto es costumbre en la Anástasis y en la Cruz, hasta el amanecer. El domingo de mañana, como siempre, se va a la iglesia mayor, llamada *Martyrium*. Así se la denomina por levantarse en el Gólgota, detrás de la Cruz, en el lugar donde el Señor sufrió su pasión.

2. Cuando, pues, se hubo celebrado en la iglesia mayor todo lo que es de práctica y, antes de la despedida, en voz alta el archidiacono primeramente dice: “Durante esta semana, a partir de mañana, a la hora novena (a las 15), reunámonos todos en el *Martyrium*; es decir, en la iglesia mayor”. Y luego, por segunda vez y de igual modo, dice: “Hoy a la hora séptima (a las 13), encontrémonos en la Eleona” (34).

3. Realizada la despedida en la iglesia mayor —es decir, en el *Martyrium*—, se acompaña con himnos al obispo hasta la Anástasis, y después de cumplido lo que se acostumbra los domingos en la Anástasis, después de la salida del *Martyrium*, yendo a su casa, cada uno se apresura a comer para que, iniciada la hora séptima, todos puedan estar en la iglesia de Eleona; es decir, en el monte de los Olivos, donde existe aún la gruta en la que enseñaba el Señor (35).

XXXI. La procesión de los ramos

1. Por tanto, a la hora séptima, todo el pueblo asciende al Monte de los Olivos; es decir, a la iglesia, a la Eleona, y también el obispo. Se entonan himnos y antífonas apropiadas⁶¹ al día y al lugar. También se leen trozos. Al acercarse la hora novena (las 15), se sube entre himnos al *Imbomón*; es decir, al lugar desde el cual ascendió el Señor a los cielos y allí se sientan (36).

Presente el obispo, se ordena a todo el pueblo sentarse; tan sólo los diáconos permanecen de pie. Todavía se entonan himnos y antífonas apropiadas al lugar y al día; al igual, se intercalan lecturas y oraciones.

2. Al acercarse la hora undécima (las 17), se lee el pasaje del Evangelio en que los niños, con ramos y palmas, fueron al encuentro del Señor, diciendo: “¡Bendito sea, el que viene en nombre del Señor!” (37). En seguida el obispo se levanta con el pueblo y descienden todos a pie desde la cima del Monte de los Olivos. La muchedumbre camina delante de él cantando himnos y antífonas. Siempre responden: “¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”.

3. Los infantes de la región, aun aquellos que no pueden caminar por ser demasiado tiernos y que sus padres llevan en brazos, todos tienen ramos, unos de palma y otros de olivos. De este modo se escolta al obispo, como lo fuera antes el Señor.

4. Desde la cima del monte a la ciudad, y ahí atravesándola hasta la Anástasis, van todos de a pie, aun las matronas y los altos personajes, escoltando al obispo y respondiendo. Se marcha con lentitud para no cansar al pueblo y se llega a la Anástasis, caída ya la tarde. Una vez allí, aunque sea muy tarde, se entona el lucernario, se itera una oración a la Cruz y se despide al pueblo.

XXXII. Lunes Santo

1. Al día siguiente, segunda feria (lunes), en la Anástasis se cumple cuanto suele hacerse a partir del primer canto del gallo hasta el amanecer. En la hora tercera y sexta (a las 9 y 12) se realiza lo mismo que durante toda la cuaresma.

A la hora novena (las 15), todos se congregan en la iglesia mayor; es decir, en el *Martyrium*, y hasta la primera hora de la noche (las 19) rezan de continuo himnos y antífonas, se leen trozos apropiados al día y al lugar; siempre se intercalan oraciones.

2. El lucernario se celebra allí al llegar la hora. Ya es de noche cuando se hace la despedida en el *Martyrium*. Después de la despedida, entre himnos se conduce al obispo hasta la Anástasis. Una vez en ella, se entona un solo himno, se pronuncia una plegaria, se bendice a los catecúmenos, luego a los fieles, y se despiden.

XXXIII. Martes Santo

1. En la feria tercera (martes) se hace todo como el lunes. Lo único que se agrega es que de noche avanzada, después de hecha la despedida en el *Martyrium*, e ido a la Anástasis, y realizada allí de nuevo la despedida, a pesar de lo avanzado de la hora, todos ascienden a la iglesia que se levanta en el monte, a la Eleona, ya de noche.

2. Llegados a la iglesia, el obispo entra en la gruta en la que el Señor solía instruir a sus discípulos. Toma el libro del Evangelio y de pie lee él mismo las palabras del Señor, contenidas en el Evangelio, según San Mateo, del pasaje que dice: "Cuidad que nadie os seduzca" (Mat., 24, 4). El obispo lee el discurso entero y luego pronuncia una oración. Se bendice a los catecúmenos, después a los fieles. Se realiza la despedida y se regresa de la montaña, entrando cada uno a su casa, muy avanzada ya la noche.

XXXIV. Miércoles Santo

Toda la feria cuarta (miércoles) se desarrolla desde el primer canto del gallo, tal como el lunes y el martes. A la noche —después que se haya hecho la despedida en el *Martyrium*, y se hubiese acompañado al obispo con himnos hasta la Anástasis—, él penetra en seguida en la gruta de la Anástasis y permanece de pie detrás de los cancelos. Un sacerdote de pie delante de los cancelos, toma el Evangelio y lee el pasaje en el que Judas Iscariote se dirigió al encuentro de los judíos y fijó lo que le darían por entregar al Señor (Mateo, 26, 14).

Cuando este pasaje fue leído, se levantaron tales gritos y gemidos en el pueblo que no hay quien pueda resistir a las lágrimas en ese momento. Después se hace una oración, se bendice a los catecúmenos y a los fieles, y se realiza la despedida.

XXXV. Jueves Santo

1. También en la feria quinta (jueves) se cumple en la Anástasis todo lo que es de costumbre desde el primer canto del gallo

hasta el amanecer. Igualmente en las horas tercera y sexta (9 y mediodía). A la hora octava (las 14), el pueblo entero se congrega como siempre en el *Martyrium*; Pero acude con mayor anticipación que los otros días, pues la despedida debe realizarse con mayor premura. Una vez reunido el pueblo, se cumple lo que es de práctica: la oblación se ofrece ese día en el *Martyrium* y allí mismo se realiza la despedida, más o menos a la hora décima (a las 16); pero antes, en alta voz el archidiácono dice: “A la primera hora de la noche (las 19) hallémonos todos en la iglesia de Eleona, pues en esta noche nos aguarda un gran trabajo”.

2. Hecha, pues, la despedida del *Martyrium*, se va detrás de la Cruz, donde se entona un solo himno y se hace una oración. Luego el obispo ofrece la oblación y todos comulgan. Excepto este solo día, nunca se ofrece el sacrificio detrás de la Cruz, durante el año (38). Hecha la despedida, se va a la Anástasis; se eleva una oración y son bendecidos, de acuerdo con la costumbre, los catecúmenos y los fieles. Luego viene la despedida.

En esta forma retornan con premura a su casa para comer, porque luego que hayan comido, todos se encaminan a la Eleona, a la iglesia en la que se encuentra la gruta donde ese día estuvo el Señor con los apóstoles.

3. Allí, más o menos a la hora quinta de la noche (las 23), se entonan himnos y antífonas apropiadas al día y al lugar; y asimismo se hacen lecturas intercalando oraciones. Se leen los pasajes del Evangelio que relatan las conversaciones del Señor con los Apóstoles en este preciso día, sentado en la misma gruta que se encuentra en la iglesia.

Casi a la hora sexta de la noche (las 24), entre himnos se va más arriba hasta el *Imbomón*, justamente hasta el sitio desde el cual subió el Señor a los cielos. Y de la misma manera, nuevamente se hacen lecturas y se dicen himnos y antífonas apropiadas al día. También se elevan oraciones y cualesquiera sean ellas, las dice el obispo y siempre se conforman al día y al lugar.

XXXVI. Conmemoración de la agonía de Jesús

1. Así, pues, al comenzar el canto de los gallos, se desciende del Imbomón cantando himnos y se avanza hasta el sitio mismo en

que oró el Señor, según está escrito en el Evangelio: “Avanzó como a la distancia de un tiro de piedra y rezó”, y todo lo demás (Luc., 22, 41). Allí se levanta una elegante iglesia. El obispo y el pueblo todo, entran en ella y se eleva una plegaria apropiada al lugar y al día. También se entona un solo himno adecuado, y se lee el pasaje del Evangelio en el que el Señor dice a sus discípulos: “Vigilad para no entrar en tentación” (Marc., 14, 38). Este pasaje se lee por entero, y de nuevo se reza una oración.

2. Todos, hasta los niños más pequeños, descienden a pie al Getsemaní cantando himnos, en compañía del obispo. Se baja muy lentamente, pues se congrega una gran turba de gentes extenuadas por las vigiliass y agotadas por los cotidianos ayunos y deben descender de un monte muy elevado. Las candelas de la iglesia, más de doscientas, fueron preparadas para alumbrar al pueblo.

3. No bien llegan al Getsemaní, primeramente se eleva una oración apropiada, se entona un himno y se lee a continuación el pasaje del Evangelio en el que se prendió al Señor (39). A la lectura se escuchan grandes gritos, gemidos y llanto del pueblo; tales, que quizá se oigan desde la ciudad las lamentaciones de la muchedumbre. De ese momento, a pie y cantando himnos, se encaminan hacia la ciudad. Se llega a la puerta a la hora en que casi comienza un hombre a distinguir a otro. En el interior de la ciudad, están esperando todos sin excepción, grandes y chicos, ricos y pobres. Ese día especialmente nadie se retira de las vigiliass hasta la mañana. Desde el Getsemaní se escolta al obispo hasta la puerta y de allí, a través de la ciudad, hasta la Cruz.

4. Cuando se llega junto a la Cruz, ya casi comienza la luz a ser clara. Se lee entonces el pasaje del Evangelio en el que el Señor es conducido a Pilato, y también todo cuanto la Escritura refiere, dicho por Pilato al Señor y a los judíos (Mat., 27, 12).

5. El obispo dirige entonces la palabra al pueblo animándolo por lo que ha sufrido toda la noche y aún deberá sufrir en el día, para que no se desanimen, sino que pongan confianza en Dios, el cual recompensará su sufrimiento con un galardón grande. Y así los conforta cuanto le es posible y les dice: “Idos un momento ahora, cada uno a vuestras casas; reposad un poco, y hacia la segunda hora del día (las 8), estad prontos aquí, a fin de que desde esa hora hasta la sexta (las 12) podáis contemplar el leño

santo de la Cruz, seguros de que nos será útil para nuestra salvación. A partir de la hora sexta, todos nos reuniremos en este lugar, es decir, delante de la Cruz, para entregarnos hasta la noche a lecturas y plegarias”.

XXXVII. Viernes Santo

1. Después de esto, se retiran de la Cruz. Antes de que se levante el sol ya se dirigen todos animosos a Sión, para rezar delante de la columna contra la que fuera flagelado el Señor (40). Tornan a descansar un poco en sus casas y en seguida se encuentran de nuevo preparados. Se coloca entonces un sitio para el obispo en el Gólgota. El obispo se sienta en el sitio y ante él se coloca una mesa cubierta con mantel.

2. De pie alrededor de la mesa se encuentran los diáconos. Se lleva un cofre de plata dorada que contiene el madero santo de la Cruz (41). Se abre, se expone y se deposita sobre la mesa tanto la Cruz como el título (42). Luego el obispo, que permanece sentado, toma con sus manos los extremos del sagrado leño y los diáconos, que lo circundan, vigilan. He aquí el motivo de la vigilancia: Existe la costumbre que pase todo el pueblo, uno a uno, tanto los fieles como los catecúmenos; se inclinan delante de la mesa, besan el leño sagrado y prosiguen. Refieren que alguno —ignoro cuándo— de una dentellada robó un trozo del leño santo. Por eso ahora, los diáconos que lo rodean, cuidan para que ninguno al acercarse se atreva a repetirlo.

3. El pueblo, pues, desfila de a uno. Todos se inclinan. Toca la cruz y el título, primero con la frente, luego con los ojos y prosiguen; pero ninguno pone la mano para tocarla. Después de besar la cruz, al pasar encuentran un diácono que muestra el anillo de Salomón y la ampolla que sirviera para la unción de los reyes (43). Se besa la ampolla y se venera el anillo... (44), todos desfilan hasta la hora sexta entrando por una puerta y saliendo por la otra. Esta ceremonia se realiza en el mismo lugar donde el día antes, esto es, el jueves, se hizo la oblación (45).

4. Al llegar la hora sexta, se va delante de la Cruz, llueva o haga calor. El lugar se encuentra en pleno aire. Se trata de una especie de atrio muy amplio y hermoso, ubicado entre la Cruz y

la Anástasis. Todo el pueblo se aglomera allí, en modo tal que ni siquiera pueden abrirse las puertas.

5. Delante de la Cruz se coloca el sitial para el obispo, y desde la hora sexta hasta la novena se hacen solamente lecturas del siguiente modo: Se lee primero, en los salmos todos los pasajes en los que se habla de la pasión; luego, en los escritos de los apóstoles, ya sea en las epístolas como en los Hechos, todos los pasajes en los que ellos han hablado de la pasión del Señor; y también los mismos pasajes de los Evangelios. Igualmente se lee en los profetas donde ellos predijeron lo que padecería el Señor y en los Evangelios donde se habla de la pasión.

6. Así desde la hora sexta hasta la novena, siempre se leen textos y se entonan himnos para mostrar al pueblo que cuanto predijeron los profetas sobre la pasión del Señor, se ve claramente cumplido tanto en los Evangelios como en los escritos de los Apóstoles. Durante tres horas se enseña a la muchedumbre que nada sucedió sin estar de antemano anunciado, y nada se predijo sin que se cumpliese por entero. De continuo se intercalan oraciones apropiadas al día.

7. A cada lectura y oración, el pueblo se emociona y estalla en gemidos, que maravillan. Ninguno hay, ni grande ni chico, que durante las tres horas de este día no lllore en forma increíble lo que el Señor sufrió por nosotros. Después, comenzada la hora novena (las 15), se lee el pasaje del Evangelio según San Juan, cuando entregó el Señor su espíritu (Juan, 19, 30). Concluida esta lectura, se hace una oración y la despedida.

8. Todos al retirarse de la Cruz, se dirigen en seguida a la iglesia mayor, al *Martyrium*, y se cumple cuanto se acostumbra en esta semana cuando después de la hora novena se reúnen en el *Martyrium* hasta la tarde. Después del *Martyrium* van a la Anástasis. Allí se lee el pasaje del Evangelio en el que José pide a Pilato el cuerpo del Señor y lo deposita en un sepulcro nuevo (Juan, 19, 38). A continuación se reza una oración, se bendice a los catecúmenos y se retiran.

9. Ese día no se anuncia que deba continuarse la vigilia en el Anástasis, pues se sabe que todos se sienten fatigados. Existe, sin embargo, la costumbre de continuar allí la vigila. Entre el pueblo, quien quiere, o mejor quien puede, vigila; pero los que no pueden no vigilan allí hasta la mañana. Los clérigos vigilan, pero los que

son más fuertes o más jóvenes. La noche entera se recitan himnos y antífonas hasta la mañana. Grandísima muchedumbre vigila, unos desde la tarde, otros a partir de medianoche; cada uno según sus fuerzas.

XXXVIII. Sábado Santo

1. Al día siguiente, sábado, a la tercera y sexta hora (a las 9 y al mediodía), se oficia como de costumbre. A la novena (las 15) no se cumple el oficio del sábado, sino que se preparan las vigili-
as pascuales en la iglesia mayor, esto es, en el *Martyrium*. Las vigili-
as pascuales se cumplen aquí como entre nosotros (46). La única
variación es que al salir los neófitos de la fuente, una vez bautiza-
dos y vestidos, inmediatamente se los acompaña junto con el
obispo hasta la Anástasis (47).

2. El obispo entra detrás de los cancelos de la Anástasis, se
entona un himno y después el obispo eleva una oración por ellos,
con los cuales va luego a la iglesia mayor, donde según costumbre
todo el pueblo está en vela. Se hace allí lo que suele hacerse tam-
bién entre nosotros; y después de la oblación, se hace la despe-
dida (48). Terminadas las vigili-
as pascuales en la iglesia mayor, cantando
himnos se va a la Anástasis, donde se relee el pasaje del Evangelio
sobre la resurrección; se eleva una plegaria y el obispo nueva-
mente ofrece la oblación. Todo se cumple con presteza a causa del
pueblo, para no demorarlo excesivamente. Luego se lo despide.
La despedida de las vigili-
as pascuales se realiza ese día a la misma hora que
entre nosotros (49).

CICLO PASCUAL

XXXIX. Día de Pascua y siguientes

1. Como entre nosotros, aquí las fiestas de Pascua se cele-
bran tarde. Los oficios se cumplen en su orden durante los ocho
días pascuales, como se acostumbra en todas partes en el tiempo
pascual.

La decoración y el ornato para los ocho días después de Pascua son los mismos que en Epifanía, tanto en la iglesia mayor, como en la Anástasis, la Cruz, Eleona y también en Belén y el *Lazarium* y en todas partes, porque son días pascuales.

2. El primer día, domingo, se va en procesión a la iglesia mayor, es decir, al *Martyrium*; de igual modo el lunes y el martes. Después de la despedida del *Martyrium*, como siempre, se va a la Anástasis cantando himnos. El miércoles se va en procesión a Eleona; el jueves, a la Anástasis; el viernes, a Sión; el sábado, delante de la Cruz, y el domingo —día de la octava— se va de nuevo a la iglesia mayor, el *Martyrium*.

3. Durante esta octava de Pascua, diariamente después del almuerzo, sube a Eleona el obispo con todo el clero y todos los neófitos —los recién bautizados—, todos los que son apotactites, hombres y mujeres; como también aquellos de entre los fieles que lo desearan.

Se entonan himnos, se elevan plegarias, tanto en la iglesia de Eleona —donde se encuentra la gruta en la que Jesús instruía a sus discípulos—, como en el Imbomón, esto es, el lugar desde el cual el Señor subió a los cielos.

4. Y después que fueron dichos los salmos y se dijeron las pleges, se desciende cantando himnos hasta la Anástasis, a la hora del lucernario. Esto se repite durante todos los ocho días (50). Empero el domingo de Pascua, después de terminado el lucernario en la Anástasis, la muchedumbre acompaña entre himnos al obispo hasta Sión (51).

5. Una vez allí, se entonan himnos apropiados al lugar y al día, se eleva una oración y se lee el pasaje del Evangelio, cuando el Señor, ese mismo día y en ese preciso lugar en el que se levanta la iglesia de Sión, estando las puertas cerradas se llegó a sus discípulos; cuando uno de ellos, Tomás, no estaba presente, que luego volvió y al decirle los otros apóstoles que habían visto al Señor, les responde: “Yo no creo, si no lo viere” (Juan, 20, 19-25).

Luego de esta lectura, se eleva de nuevo una plegaria, se bendice a los catecúmenos y a los fieles, y cada uno se marcha a su casa, tarde, más o menos a la segunda hora de la noche (las 20).

XL. Día de la octava de Pascua

1. El domingo, día octavo de Pascua, después del oficio de la hora sexta (mediodía), asciende todo el pueblo con el obispo a la Eleona. Primero se detiene un tiempo en la iglesia que allí se levanta, se entonan himnos, se dicen antifonas apropiadas al día y al lugar, y también se elevan plegarias conformes con el día y el lugar. Luego entre himnos se sube a la cumbre, al Imbomón, y en él se repite cuando se había hecho abajo. Al llegar la hora, todo el pueblo y todo los apotactites, cantando himnos, escoltan al obispo hasta la Anástasis. Se llega a la Anástasis a la hora habitual del lucernario.

2. Se reza el lucernio tanto en la Anástasis como en la Cruz. A continuación el pueblo todo, sin excepción, acompaña al obispo entre himnos hasta Sión. Cuando llegan, entonan himnos apropiados al día y al lugar, y todavía se lee el pasaje del Evangelio, cuando la octava de Pascua el Señor penetró en el lugar donde estaban los discípulos y reprobó a Tomás su incredulidad (Juan, 20, 26-29). Se lee el pasaje entero; después se eleva una plegaria y bendecidos los catecúmenos y también los fieles, según costumbre, cada uno regresa a su casa, como el domingo de Pascua, a la segunda hora de la noche (las 20).

XLI. De Pascua a Pentecostés

Desde Pascua hasta el día quincuagésimo, pentecostés, nadie ayuna aquí, ni siquiera los apotactites. En esos días, como durante todo el año, desde el primer canto del gallo hasta el amanecer, se realizan en la Anástasis las ceremonias habituales. También a la hora sexta y al lucernario. Los domingos, como de costumbre, se va al *Martyrium*, es decir, a la iglesia mayor. Desde allí, cantando himnos, se dirigen a la Anástasis.

En las ferias cuarta y sexta (miércoles y viernes) como en esos días nadie absolutamente ayuna, se va a Sión pero por la mañana, y se cumple todo en su orden (52).

XLII. Día cuadragésimo después de Pascua

La víspera del día cuadragésimo después de Pascua, que es feria quinta (jueves), después de la hora sexta (mediodía), todos se dirigen a Belén, donde se deberán celebrar las vigili­as (53). Se cumplen en la iglesia de Belén donde se encuentra la gruta en la que nació el Señor.

Al otro día, jueves, cuadragésimo después de Pascua, se celebra una misa en la forma establecida. Predican los sacerdotes y el obispo en forma adecuada al día y al lugar. Después de esto, por la tarde, cada uno regresa a Jerusalén.

CICLO DE PENTECOSTES

XLIII. Pentecostés

1. El quincuagésimo día después de Pascua (54), domingo, que es día de grandísima fatiga para el pueblo, todo se cumple como siempre desde el primer canto del gallo. Se vela en la Anástasis para que el obispo lea el pasaje del Evangelio, que siempre es leído todos los domingos, el de la resurrección del Señor. Después, se llevan a cabo en la Anástasis las ceremonias habituales en todo el año.

2. Al llegar la mañana, todo el pueblo va en procesión a la iglesia mayor, al *Martyrium*. Allí se cumple todo conforme a la costumbre. Los sacerdotes predican y luego el obispo y se realiza todo lo prescrito; es decir, se ofrece la oblación como es de práctica los domingos; pero se acelera la despedida del *Martyrium*, para que tenga lugar antes de la hora tercera. Hecha la despedida en el *Martyrium*, todo el pueblo sin excepción, acompaña al obispo, cantando himnos, hasta Sión, de modo que se encuentren allí justo a la hora tercera (las 9) (55).

3. Llegados, se lee el pasaje de los “Hechos de los Apóstoles” cuando el Espíritu descendió y todos oyeron hablar todos los idiomas, y todos comprendían lo que se decía (Hech., 2, 1-12). Después tiene lugar regularmente la misa (56). Los presbíteros se basan en el texto leído, según el cual el lugar es Sión —pues, hoy existe otra iglesia— donde antiguamente después de la pasión del

Señor se congregaba la multitud con los apóstoles. Allí sucedió cuanto acabamos de decir y que también se lee en los “Hechos de los Apóstoles”.

Luego con su orden, tiene lugar la misa. Se realiza la oblación y al momento de despedir al pueblo, el archidiácono en alta voz dice: “Inmediatamente después de la hora sexta (mediodía), encontrémonos hoy en Eleona, junto al Imbomón” (57).

4. Vuelve, pues, cada uno a su casa para reposar. En seguida después del almuerzo se asciende al Monte de los Olivos, es decir, a Eleona, cada uno como puede, y de manera tal que ni uno de los cristianos permanece en la ciudad, sino que todos van.

5. Una vez que se ha subido al Monte de los Olivos, a Eleona, se va primero al Imbomón; vale decir, al lugar desde donde el Señor subió a los cielos (58). Allí se sienta el obispo y los sacerdotes, e igualmente todo el pueblo; se leen lecciones, se intercalan himnos y se entonan antífonas apropiadas al lugar y al día. Las oraciones que se intercalan tienen también expresiones referentes al lugar y al día.

Se da lectura asimismo al pasaje del Evangelio que refiere la ascensión del Señor. Además se lee nuevamente el texto de los “Hechos de los Apóstoles” que habla de la ascensión del Señor a los cielos después de la resurrección (Marc., 16, 19; Luc., 24, 50-53; y Hechos, 1, 4-13).

6. Hecho esto, se bendice a los catecúmenos y luego a los fieles; y a la hora novena (las 15) se desciende. Entre cantos de himnos se va a la otra iglesia, que también está en Eleona, es decir, la gruta en la que el Señor se sentó para enseñar a los apóstoles. Al llegar allí —es ya más de la hora décima— se reza el lucernario, se dice una oración y se bendice a los catecúmenos y después a los fieles. El pueblo entero, sin excepción, desciende entre himnos, todos acompañando al obispo, entonando himnos y antífonas apropiadas al día; así con mucha lentitud se llega al *Martyrium*.

7. Al alcanzar la puerta de la ciudad es ya de noche y de la iglesia se traen luminarias, al menos doscientas, para la muchedumbre. Desde la puerta —como el camino hasta la iglesia mayor, el *Martyrium*, es largo— se llega como a la segunda hora de la noche (las 20). La marcha es lenta a causa del pueblo por temor que se fatigue, por ir a pie.

Se abren las puertas que dan a la calle y el pueblo todo penetra en el *Martyrium* en compañía del obispo, cantando himnos (59). Una vez allí se cantan himnos, se eleva una oración y se bendice a los catecúmenos y luego a los fieles. De ahí salen de nuevo cantando himnos para ir a la Anástasis.

8. Del mismo modo en la Anástasis se entonan himnos y antífonas y se hace una oración y son bendecidos los catecúmenos y los fieles. Igual cosa se realiza en la Cruz. Y nuevamente todo el pueblo cristiano, sin excepción, conduce entre himnos al obispo hasta Sión.

9. Al llegar, se tienen lecturas apropiadas, se entonan salmos y antífonas, se eleva una plegaria, se bendice a los catecúmenos y a los fieles, y se despiden. Hecha la despedida, todos se acercan al obispo para besarle la mano y se va luego cada uno a su casa, quizá hacia la media noche.

Este día debió soportarse una gran fatiga, pues ya desde el primer canto del gallo se velaba en la Anástasis y durante toda la jornada no se tuvo descanso. De tal manera se prolongaron las ceremonias que al retirarse de Sión, todos habrán entrado en sus casas a la media noche.

XLIV. Después de Pentecostés (60)

1. Conforme a la costumbre de todo el año, desde el día siguiente a Pentecostés, todos ayunan según sus posibilidades con excepción del sábado y del domingo; días en que nunca se ayuna en estos lugares. Del mismo modo en los días que siguen se rezan las vigias en la Anástasis desde el primer canto del gallo, como a lo largo de todo el año.

2. Si es domingo, al canto del gallo, el obispo lee en el interior de la Anástasis, según costumbre, el pasaje evangélico sobre la resurrección del Señor, lo cual siempre se lee los domingos. Se entonan luego himnos y antífonas en la Anástasis hasta el amanecer. Si no es día domingo, se entonan himnos y antífonas tan sólo, también en la Anástasis y desde el primer canto del gallo hasta el amanecer.

3. Todos los apotactites participan; del pueblo, sólo quienes pueden y los clérigos toman parte por turno. Los clérigos están

presentes ya desde el primer canto del gallo; el obispo siempre va al alba para ofrecer la oblación matutina con todos los clérigos. Se exceptúa el domingo que debe ir desde el primer canto del gallo para la lectura del Evangelio en la Anástasis.

A la sexta (mediodía) se realizan las ceremonias habituales en la Anástasis; igualmente a la novena (las 15) y al lucernario se cumple siempre lo acostumbrado durante el año entero. En la cuarta y sexta ferias (miércoles y viernes) el oficio de nona tiene siempre lugar en Sión.

LITURGIA BAPTISMAL

XLV. Inscripción para el bautismo

1. He considerado un deber describiros cómo se instruye aquí a los que serán bautizados en Pascua. El que da su nombre, lo hace la vigilia de cuaresma (61). Un sacerdote anota los nombres de todos. Esto se realiza con anterioridad a las ocho semanas durante las cuales, dije, se observa aquí la cuaresma.

2. Cuando el sacerdote hubo anotado el nombre de todos, al siguiente día —principio de la cuaresma—, día en que comienzan las ocho semanas, se emplaza un sitio para el obispo en el centro de la iglesia mayor.

A ambos lados se sientan los sacerdotes en sus sillas y todos los clérigos permanecen de pie. Luego, de uno a uno, se acercan los competentes (62). Si son hombres, acompañados de sus padrinos; y si son mujeres, con sus madrinas (63).

3. El obispo interroga entonces acerca de él, a cada uno de sus vecinos, en estos términos: “¿Lleva una vida honesta? ¿Respetas a tus padres? ¿Se entrega a la bebida o a la mentira? E indaga sobre los vicios más graves entre los hombres.

4. Si es juzgado sin reproche por todos aquellos a quienes se interrogó en presencia de testigos, con su propia mano el obispo anota el nombre. Pero si se le acusa de algo, lo manda salir diciendo: “Que se enmiende y cuando se hubiese enmendado que se acerque para el bautismo”. De este modo interroga a los hombres y luego a las mujeres. Los forasteros con menos facilidad se acercan para el bautismo, a menos que tengan testigos que los conozcan (64).

XLVI. La Catequesis

1. Señoras y hermanas mías, para que no penséis que se obra aquí con inconsideración, me hago un deber escribiros. Existe la costumbre que aquellos que vienen para el bautismo durante los cuarenta días de ayuno, sean exorcizados temprano por los clérigos, no bien se retiran de la Anástasis por la mañana (65). Se coloca luego un sitio para el obispo en el *Martyrium*, en la iglesia mayor; y cuantos deben bautizarse, hombres y mujeres, se sientan en círculo cerca del obispo. Se encuentran presentes en el lugar también los padrinos y las madrinas; y aquellos de entre el pueblo que desearan escuchar, pero tan sólo los fieles, entran también y se sientan.

2. Ningún catecúmeno entra, mientras el obispo enseña la ley; que lo hace de este modo: Comenzando por el Génesis, durante esos cuarenta días, recorre todas las Escrituras; explicando primero el sentido literal y después el espiritual (66). Del mismo modo se los instruye también, en esos días, sobre la resurrección e igualmente sobre todo lo referente a la fe. Esto es lo que se llama la catequesis.

3. Al cabo de cinco semanas de instrucción, reciben el Símbolo, cuya doctrina se les explica como la de las Escrituras, frase por frase; primero el sentido literal y luego el espiritual (67). De este modo se les expone el Símbolo.

Así es como en estos países todos los fieles siguen las Escrituras cuando se leen en las iglesias, pues han sido instruidos durante esos cuarenta días, desde la hora primera a la tercera. La catequesis dura tres horas.

4. Dios sabe, señoras y hermanas mías, que los fieles que van a escuchar la catequesis muestran más entusiasmo ante lo que dice y explica el obispo, que cuando preside y predica en la iglesia sobre los mismos puntos.

Al terminar la catequesis, a la hora tercera, de inmediato se acompaña al obispo cantando himnos hasta la Anástasis donde se hace la despedida a la hora tercera; de modo que la instrucción se realiza por tres horas diarias durante siete semanas.

En la octava semana de cuaresma, llamada semana mayor, no se dispone ya de tiempo para instruirlos, pues deben ser realizadas todas aquellas cosas de las que más arriba hablé.

5. Transcurridas las siete semanas, queda sólo la de Pascua, aquí llamada semana mayor. Entonces de mañana, el obispo va a la iglesia mayor, al *Martyrium*; y detrás, en el ábside, después del altar, se le coloca un sitial. Luego se acercan todos, de a uno, los hombres con sus padrinos y las mujeres con sus madrinas para recitarle el Símbolo (68).

6. Después de la recitación del Símbolo, el obispo dirige a todos su palabra y les dice: “Durante estas siete semanas fuisteis instruidos en toda la ley contenida en las Escrituras, como también escuchasteis hablar de la fe. Se os habló, asimismo, sobre la resurrección de la carne; e igualmente de toda la doctrina del Símbolo; y pudisteis entenderlo aun cuando sois catecúmenos. Empero las palabras que se refieren a un misterio más profundo, el del bautismo, no las podréis entender, pues sois tan sólo catecúmenos. Y para que no juzguéis que algo se haga sin razón, cuando seáis bautizados en nombre de Dios, durante los ocho días pascales, después de la despedida de la Anástasis, seréis instruidos; pero ahora, como todavía sois catecúmenos, no pueden seros revelados los más profundos misterios de Dios” (69).

XLVII. Catequesis Mistagógicas

1. Después, durante los ocho días de la Pascua —esto es, desde Pascua hasta la octava—, cuando fue hecha la despedida de la iglesia, cantando himnos se va a la Anástasis, donde pronunciada una oración y bendecidos los fieles, el obispo de pie, apoyado en el cancel interior de la gruta de la Anástasis, explica cuanto se hace en el bautismo (70).

2. Durante este tiempo ningún catecúmeno penetra en la Anástasis. Sólo entran los neófitos y los fieles que desean escuchar las explicaciones de los misterios. Se cierran las puertas para que no se acerque ningún catecúmeno. Mientras el obispo expone estas verdades y las expone, se levantan tales voces de aprobación, que se oyen desde fuera de la iglesia. En verdad desentraña los misterios con tal competencia, que ninguno puede permanecer insensible ante lo que de este modo escucha explicar (71).

3. Y como en esta provincia, una parte de la población conoce el griego y el sirio; otra, tan sólo el griego; y otra, sola-

mente el sirio; el obispo, aun cuando sabe el sirio, predica siempre en griego y nunca en sirio; por esta razón siempre se encuentra un sacerdote que, mientras habla el obispo, traduce al sirio las explicaciones para que todos entiendan (72).

4. También para las lecturas que se realizan en la iglesia, como deben hacerse en griego, hay siempre alguno que las traduce al sirio para que el pueblo se instruya. Lo mismo para los latinos que aquí se encuentran, y que ignoran tanto el sirio como el griego, para que no se cansen reciben también ellos las explicaciones, pues, como hay hermanos y hermanas que saben griego y latín, se las dan en latín (73).

5. Pero lo que aquí impresiona sobremanera y admira sobre todo es que siempre, tanto los himnos como las antífonas y las lecturas, al igual que las oraciones que pronuncia el obispo, expresan los pensamientos adaptados al día recordado, y apropiados al lugar en el que se celebra.

XLVIII. La dedicación de las iglesias

1. Se llama fiesta de las Encenias (dedicación) al día en que fue consagrada la venerable iglesia que se levanta en el Gólgota, llamada *Martyrium*, y la santa iglesia construida en la Anástasis —es decir, el lugar donde resucitó el Señor después de su pasión—, que fue dedicada también a Dios en el mismo día (74). Las Encenias de estas santas iglesias se celebran con gran solemnidad porque en ese día se descubrió la Cruz del Señor (75).

2. Por eso se estableció que el día en que se consagrasen por primera vez las venerables mencionadas iglesias, coincidiese con la fecha en que la Cruz del Señor fue hallada, para que tal día se celebrase con gran regocijo.

En las Santas Escrituras se afirma que el día de las Encenias fue aquel en el cual Salomón, después de haber concluido la casa de Dios que había él edificado, permaneció ante el altar y rezó como está escrito en el libro de los Paralipómenos (II, 7-8 y sigs.).

XLIX. Celebración de las Encenias

1. Cuando llega esta fecha de las Encenias, se celebra durante ocho días; pues, muchos días antes comienzan a congregarse de todas partes turbas de monjes y de apotactites, no sólo de las provincias de la Mesopotamia, Siria, Egipto y la Tebaida, donde viven numerosos monazotes, sino también de otros lugares y provincias. No hay, en efecto, quien no se encamine a Jerusalén en un día de tanta alegría y distinguida solemnidad.

También los seculares, tanto hombres como mujeres, se congregan con piadoso interés en Jerusalén con motivo de ese día santo; e igualmente de todas las provincias.

2. En cuanto a los obispos, cuando son pocos en estos días en Jerusalén, pasan de cuarenta o cincuenta, y con ellos acuden muchos clérigos.

¿Y qué más? Cree haber incurrido en grave pecado quien en estos días no participe en una solemnidad tan grande. A menos, naturalmente, que una necesidad contraria aparte a uno de tan buen propósito.

En estos días de las Encenias, la ornamentación de todas las iglesias es la misma que en Pascua y Epifanía; y así también, cada día se va de peregrinación a diversos lugares santos como por Pascua y Epifanía. El primero y segundo día se va a la iglesia mayor, que se llama *Martyrium*. El día tercero, a Eleona, esto es, a la iglesia que se alza en el monte desde el cual ascendió el Señor a los cielos después de su pasión, en cuyo interior se conserva la gruta, en la cual el Señor instruía a sus apóstoles, en el Monte de los Olivos. El día cuarto... (76).

NOTAS

* Para mejor comprensión de esta II Parte véase la nota de la página..., que precede al plano de los Monumentos Constantinianos.

1. La falta de relojes en la antigüedad era la causa de la notable importancia que tenía en la vida cotidiana el canto del gallo; en la liturgia, de un modo especial. Todavía hoy en ella existen referencias que recuerdan los tiempos en que era indispensable este recurso natural para conocer la hora.

2. Monazotes es la palabra con que se designaba en Jerusalén a los monjes, y *parthenae* (vírgenes) a las religiosas. Parece que tenían su habitación en la colina de Sión; de ahí la expresión de nuestra autora: “desciende” a la Anástasis, por ejemplo.

3. Las vigiliat revestían especial importancia en las cristiandades de los primeros siglos. Interpretaban la admonición de N. S. Jesucristo: “Vigilad y orad”. A ellas participaban diariamente los monjes, los clérigos según su turno y los laicos que lo deseaban. Como se verá, por lo que dice nuestra autora, eran siempre muy concurridas por estos madrugadores cristianos de Palestina.

4. La antifona, para H. Leclercq —en su estudio del *Dictionnaire de archéologie et de liturgie chrétienne*— es una pieza litúrgica diferente a los salmos, que se desarrollaba alternando entre el lector y el coro, o entre dos coros; como se ve difiere de la actual. Por himnos, en el texto, debe entenderse toda clase de cantos religiosos.

5. El actual oficio de *Laudes*.

6. Es lo que llamamos hoy un *memento*, ya sea de vivos como de fieles difuntos, que hoy se encuentra en la liturgia de la Misa; pero que en la antigüedad tenía también lugar en otros oficios litúrgicos. Los nombres de permanente recuerdo estaban escritos en tablas o dípticos.

7. El *licinicon* o *lucernarium* (encender las luces), es el oficio que tomará más tarde el nombre de *vísperas* del actual oficio (*sacrificium* u *officium vespertinum* —sacrificio u oficio vespertino).

8. Es notable la importancia que tenía esta función en aquellos tiempos, y aun cuando análoga a la de la mañana, sin embargo revestía mayor solemnidad y quedaba señalada con la presencia del canto de los niños.

9. “Ir ante la Cruz” o “ir detrás de la Cruz” son dos formas usadas por la autora para indicar el acto de encaminarse al Calvario (véase nota aclaratoria del plano). La primera de las dos expresiones indican que se encaminaban hasta donde se hallaba el cubo rocoso coronado de la Cruz, en el extremo sudeste del atrio comprendido entre la Anástasis y el *Martyrium*. La segunda expresión —“después de la Cruz”— se refiere a la capillita existente al lado sur del cubo, entre éste y el *Martyrium*. Véase plano. En esta edícula se celebraban algunas ceremonias especiales como la adoración del sagrado leño de la Cruz en Viernes Santo (ver XXXVII, 2-3).

10. Tertuliano es el primer escritor latino que usa el término *domingo*

(*dominicus dies*, día del Señor) para indicar el primer día de la semana, primera feria, o la *prima sabbati* de los judíos.

11. Se refiere al *Martyrium*.

12. “Dar gracias a Dios”, aquí, ¿se refiere al sacrificio eucarístico? Esto es lo que significa Eucaristía; pero parece dudoso, pues Eteria casi siempre menciona el santo sacrificio con la palabra “oblación” y alguna vez con “misa”.

13. La insistencia de la autora en llamar la atención sobre esta característica de la liturgia de Jerusalén, revela cuán novedosa era para ella.

14. Sión, parte alta de la ciudad, al sudeste, era el lugar donde se hallaba el Cenáculo de la última cena y en el cual los apóstoles esperaron al Espíritu Santo.

15. En este lugar del manuscrito se produce una laguna por la falta de una hoja; vale decir, dos páginas escritas. Laguna que nos impide conocer hermosos pormenores sobre la celebración de la Navidad, pues en esto consistía la Epifanía en Oriente. El 25 de diciembre es la fecha de la iglesia latina y se conocerá más tarde en Oriente.

16. Esta fiesta se celebraba en Belén; celebradas las vigiliassolemnes y la santa Misa, volvían en procesión a Jerusalén, donde en la iglesia mayor tenía lugar una segunda Misa, a eso de la aurora.

17. Iglesia, que se encontraba más abajo de la cumbre del Monte de los Olivos. En ella se conservaba una venerable gruta, donde el Señor instruía a sus apóstoles especialmente en los días anteriores a su pasión.

18. Unos 2.200 m. *Lazarium* o iglesia de Lázaro, había sido construida para conmemorar la resurrección de Lázaro.

19. Parece que siempre fueron muy numerosos los conventos en Belén. Los nombres de Casiano y San Jerónimo con la gente que de Roma lo había acompañado para establecerse allí con él, dan buena prueba de ello.

20. Sin nombrarla se refiere a la venerable fiesta de la Presentación del Señor en el templo. Su principal característica es la procesión. Más tarde será la fiesta de las luces: Fiesta de la Candelaria.

21. “Celebrar los sacramentos”, “Celebrar los misterios”, otra expresión para indicar la santa Misa.

22. Siempre y por doquiera se llamó a este tiempo de ayuno, cuaresma; no deja de llamar la atención este nombre dado por la autora, que significa fiestas.

23. Por motivo de mayor claridad ponemos al lado de la feria, entre paréntesis, el nombre que actualmente entre nosotros tiene cada día de la semana.

24. En Palestina, especialmente en Jerusalén, recibían el nombre de hebdomadarios, los fieles que hacían ayuno toda la semana entera, con excepción de una comida que tomaban el sábado después de la comunión, y otra el domingo antes de comenzar una nueva semana de ayuno.

25. Este texto prueba la frecuencia de la comunión en aquellos tiempos, sobre todo la dominical.

26. No deja de llamar la atención este deseo de practicar el ayuno entre los cristianos de los primeros siglos; San Agustín cita el caso de quien ayunaba los cuarenta días absolutamente. Esta libertad que pondera Eteria, indica que no había una legislación especial eclesiástica, por no ser necesario imponer algo que todos hacían con la más generosa voluntad.

27. Entre “harina” y “así se cumple la cuaresma” existe una laguna en el texto, que se ha tratado de llenar de diversas maneras por los estudiosos.

28. Otra laguna, quizás diría “del tiempo de cuaresma”.

29. Archidiácono es un título de honor y confianza otorgado a un diácono. En la administración disfrutaba de poderes casi episcopales. Sus funciones variaron según los lugares y con los tiempos.

30. Sobre el *Lazarium*, ver nota 18.

31. Betania dista de Jerusalén quince estadios (Juan, XI, 18), o sea, 2 Kms. y 700 ms. Eusebio señala el sepulcro de Lázaro a 2 millas (unos 3 Kms.) de Elia.

32. Algo más de 700 ms.

33. La palabra “Pascua” en los primeros siglos designó los tres días santos: de aquí la exactitud de “triduo pascual” o “semana pascual” (S. Ambrosio, Ep., XXIII, 13) correspondientes a nuestra “semana santa”, o al de “semana mayor” usado en el texto, por San Juan Crisóstomo y por las *Constitutiones Apostolicæ*.

34. Ver nota 17.

35. En el Monte de los Olivos, y aún hay varios templos dedicados a perpetuar la memoria de la vida de Jesús y de su Stma. Madre. En el de la Eleona, se conservaba una de las grutas, que Eusebio incluye en la expresión de “las tres grutas místicas” (ésta, la de Belén y la del Santo Sepulcro) y que Constantino y su madre Santa Elena “embellecieron con grandes y espléndidos edificios” (*De laud. Const.*, IX, 17).

36. El Imbomón era el templo situado en la cima del Monte de los Olivos, más arriba de Eleona. Es la verdadera iglesia de la Ascensión. Significa probablemente: “iglesia de la cima”; única en su género; era una grandiosa rotonda (32 ms. de diámetro circundada de 3 órdenes de columnas concéntricas, que sostenían un doble pórtico circular) “a cielo descubierto como para que todos pudiesen ver el cielo a donde había subido el Salvador” (San Jerónimo).

37. En realidad, ningún evangelista menciona a los niños entre las turbas que aclamaron a Jesús. Sólo San Mateo los menciona aclamándolo en el interior del templo (XXI, 15-16). Quizás por esto, la Iglesia y su liturgia les da cabida en el canto “*Pueri hebraeorum*” del Domingo de Ramos.

38. El Jueves Santo se ofrecía el sacrificio eucarístico en el lugar del Gólgota y no, según pareciera, en Sión, donde estaba el Cenáculo. Pero conviene notar que la Cena no es otra cosa que el primer acto de la Pasión. “Por una razón dogmática —escribe J. B. Thibaut— de una soberana conveniencia, la iglesia de Jerusalén conmemoraba el Jueves Santo la Cena del Señor sobre el Calvario para demostrar la unidad del sacrificio eucarístico con el de la Cruz” (*Ordre des offices de la Semaine Sainte*, págs. 27 y 49-50).

39. Probablemente esta estación se realizaba al aire libre.
40. 41. Esta columna es mencionada por primera vez en 333 por el peregrino de Burdeos. Fue trasladada a Sión, donde Santa Paula la veneró en 386 (San Jerónimo, Ep., CVIII, 9).
41. El año 326 en presencia de Santa Elena se identificó el sagrado leño de la Cruz. San Cirilo, obispo de Jerusalén, asegura que en 347 se enviaron pedazos de la Cruz a diversas iglesias del mundo.
42. El título es la inscripción mencionada en el Evangelio (Mateo XXVII, 37), encontrada también por Santa Elena con la santa Cruz.
43. La palabra usada por la autora es cuerno, que hemos traducido por ampolla. La Consagración de los reyes se hacía derramando aceite sobre la cabeza del elegido; aceite contenido en un cuerno (Cf. I Reyes, XVI, 1).
44. El manuscrito sufre en este lugar otra laguna.
45. Es decir, en la pequeña edícula erigida al lado del monumento del Calvario. Ver notas 9 y 38. Dadas sus cortas dimensiones hay que suponer que, mientras la multitud estaba en el atrio, uno a uno entraban por una puerta de la capilla y después de adorar el sagrado leño, salían por otra puerta.
46. Con estas palabras nos priva la autora de la descripción de las ceremonias de la gran vigilia del Sábado Santo. Para su mayor conocimiento puede leerse el Cap. II de la tercera parte de *La Catequesis Antigua* de A. Seage, Edit. Apis, Rosario (R.A.), 1954.
47. Por neófitos se entiende los recién bautizados, cualquiera fuera su edad. Se bautizaba por inmersión despojados previamente de sus vestidos, símbolo del “hombre viejo”, el hombre del pecado. Al salir de la fuente bautismal se les ponía ropa blanca, que conservaban toda la semana, hasta el domingo siguiente, *in albis deponendis*.
48. La autora anteriormente había mencionado otra procesión de recién bautizados en XV, 5.
49. Como puede verse la vigilia del Sábado Santo tenía dos misas; una en el *Martyrium*, a la cual asistían los neófitos por primera vez y recibían la primera Comunión; la segunda en la Anástasis, más breve para poder dar término a la vigilia.
50. Además de esta ceremonia, los neófitos tenían cada día de esta semana una reunión en la Anástasis, en la cual el obispo les exponía los “misterios” —Catequesis Mistagógicas— como puede verse, en XLVII, más adelante.
51. La autora después de haber hablado de la semana de Pascua, vuelve ahora a mencionar una ceremonia de la tarde del día de Pascua.
52. Durante el año se iba a Sión los días de ayuno, miércoles y viernes, pero por la tarde, hora novena; empero durante estos 50 días, en que nadie ayuna, se va por la mañana.
53. Es notable que la fiesta de la Ascensión del Señor a los cielos, tanto la vela de la noche del miércoles al jueves, como la función del mismo jueves, se realizase en Belén en el santuario de la Navidad; cuando lo lógico sería que fuese en la cumbre del Monte de los Olivos, en el Imbomón (ver nota 35).

54. Es la fiesta de Pentecostés.

55. Los oficios dominicales se realizaban con cierta premura para poder hallarse en el Cenáculo, monte Sión, a la hora cabal de la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, en ese mismo lugar.

56. Aquí no se trata de una despedida (misa), sino del sacrificio eucarístico.

57. No se indica la iglesia Eleona, sino que con este nombre también se llamaba todo el Monte de los Olivos. La meta de la procesión es el Imbomón, la cumbre sobre la que se elevaba el templo para honrar la Ascensión (nota 36).

58. Como se puede observar ésta es la parte de la festividad destinada a celebrar, en su propio lugar histórico, la Ascensión del Señor a los cielos, que había sido celebrada en su día, en Belén (véase nota 53).

59. Se trata de las puertas del *Martyrium* que daban al propileo, en el extremo oriental del edificio, y por las cuales se entraba al atrio. El texto dice que las puertas daban a *quintana pars*, que Eusebio llama ágora y que también pudiera ser la calle del mercado.

60. Nuestra autora omite indicar que Pentecostés tenía, sin duda, una octava muy solemne. Este capítulo, además, nada nuevo indica; es un resumen de lo que se hacía a lo largo del año.

61. La ceremonia inicial para las Catequesis prebautismales, era ésta, en la cual el catecúmeno daba su nombre. La fecha no era la misma en todas partes, pero era siempre al principio de la Cuaresma.

62. Competente era el catecúmeno que iniciaba la última etapa de su catecumenado, la preparación inmediata para el bautismo.

63. La costumbre de los padrinos es muy antigua en la Iglesia, ya nos lo atestiguan escritores tan primitivos como Justino y Tertuliano. Los padrinos salían ante la Iglesia de fiadores de la conducta e instrucción del neófito.

64. Durante el catecumenado, el candidato para hacerse cristiano debía participar en las ceremonias del culto no reservadas a los fieles, cumplir con ciertas prácticas de ascesis, como los ayunos, y especialmente cumplir con la ley de Dios e instruirse en la doctrina cristiana. Este examen, acerca de su conducta, era para constatar su cumplimiento y en ese caso se anotaba como competente para recibir una instrucción más esmerada y merecer acercarse al bautismo en Pascua; de lo contrario debía continuar en el catecumenado hasta que diera pruebas de buena voluntad. Sobre estas prácticas de la Iglesia antigua, además del mencionado libro de A. Seage, *La Catequesis Antigua*, puede verse con mucho fruto el tomo I de esta Colección, titulado *Tratado Catequístico*, de San Agustín.

65. Los exorcismos, la imposición de las manos, el gustar la sal bendita, etc., que hoy se realizan rápidamente antes del bautismo, son prácticas litúrgicas de hondo sentido espiritual, sacramentales de eficacia purificadora. En la liturgia bautismal antigua se realizaban con frecuencia durante las etapas catecumenales.

66. Toda la exégesis patrística hasta el siglo V gira sobre estos dos ejes: interpretación literal y espiritual (*Carnaliter, spiritualiter*) de la divina Escritura. Es interesante comprobar aquí cómo se trataba de enriquecer a los fieles con un buen conocimiento de la palabra de Dios a base de la Escritura.

67. Esta ceremonia se llamaba *Traditio symboli* (entrega del Símbolo). El catecúmeno debía aprenderlo de memoria. En las *Catequesis* de San Cirilo se halla explicado el usado en Jerusalén, substancialmente es nuestro Credo, llamado *apostólico*.

68. Esta ceremonia venía a ser la segunda parte de la anterior, se llamaba *Redditio symboli* (devolución del Símbolo) porque el componente debía recitarlo de memoria en señal no sólo de que lo sabía sino de que lo creía. En Roma, el candidato al bautismo cumplía con este requisito, pronunciándolo desde un lugar elevado delante de todos los fieles reunidos, para dar así un solemne testimonio de su fe en Cristo y en su Iglesia.

69. Este discurso corresponde al que se encuentra en la *Catequesis* de San Cirilo (XVIII, 32-33) y es también el anuncio de otras catequesis más profundas que se les harían después del bautismo durante la octava de Pascua.

70. Esta es la instrucción especial prometida y que constituye la segunda parte de la *Catequesis* de San Cirilo. Recibía el título de *Catequesis Mistagógica*, es decir, de los misterios. Modelo de ellas, puede verlo el lector en el tomo II de esta Colección, titulado “Los Sacramentos y Los Misterios”, son la versión taquigráfica de las catequesis mistagónicas pronunciadas en Milán, por San Ambrosio, Padre y Doctor de la Iglesia.

71. San Cirilo también deja constancia del entusiasmo que despertaban en los oyentes las explicaciones de los misterios referentes a los tres sacramentos de la iniciación cristiana: Bautismo, Confirmación y Eucaristía (XIII, 23).

72. La lengua oficial de la iglesia oriental fue por mucho tiempo el griego; pero como se puede ver no faltaba la forma de hacer conocer a todos los oyentes la doctrina. El griego, por otra parte, era conocido, un poco más o menos, por todos.

73. Durante los siglos IV y V, eran muchísimos los monasterios erigidos en la Tierra Santa por monjes de todas las partes de la Cristiandad, que conservaban sus costumbres y su lengua. San Jerónimo indica que en los funerales de Santa Paula, en Belén, se cantaron salmos en griego, latín y siríaco (*Eps.*, CVIII, 29).

74. Las fiestas de la dedicación de los monumentales templos constantinianos en 335, fueron algo tan extraordinario por la solemnidad, que todos los historiadores de la época han dejado memoria para el futuro sobre el acontecimiento.

75. Esta fecha era el 12 ó 15 de septiembre de 326. Más tarde esta fiesta alcanzó una solemnidad todavía mayor con el nombre de Exaltación de la Santa Cruz, para conmemorar el hecho histórico de la entrada en Jerusalén, llevado por el emperador Heraclio, del madero de la Cruz (año 630) transportado a Persia en 614 por Cosroes.

76. La crónica de Eteria no llegó completa hasta nuestros días. Aquí queda definitivamente interrumpida y con ella también nuestra traducción. En la cual hemos mantenido —hasta donde era posible y aún con riesgo de hacerla vulgar y pobre— la frescura de su originalidad, afeada por un lamentable estilo.

INDICE

	Páginas
Presentación	3
Introducción	4

PRIMERA PARTE

Excursiones

I.	Llegada al Monte Sinaí	13
II.	El Valle	13
	El Sinaí	14
III.	Subida al Monte Sinaí	14
IV.	El Monte Horeb	16
	La Zarza	17
V.	Otros recuerdos Bíblicos	18
VI.	De Farán a Clysma	20
VII.	De Clysma a Arabia	21
VIII.	Ramesés	23
IX.	Arabia	24
	La Tierra de Gosén	24
X.	El Monte Nebo	25
XI.	El agua de la roca	26
XII.	El sepulcro de Moisés	27
XIII.	La Tumba de Job	29
XIV.	Algo más sobre Salem	30
XV.	“El Jardín de San Juan”	31
XVI.	Recuerdos del profeta Elías	32
XVII.	Plan de viaje a la Mesopotamia	33
XVIII.	Hacia el Eufrates	34
XIX.	Ciudad de Edesa	34
XX.	En la mansión de Abraham	37
XXI.	El pozo de Jacob	40
XXII.	Hacia Constantinopla	41
XXIII.	Otras ciudades hasta Constantinopla	41

SEGUNDA PARTE

Liturgia de la Iglesia de Jerusalén

	Monumentos Constantinianos	53
XXIV.	Liturgia de cada día	54
XXV.	Oficio de la mañana	57

Ciclo de Epifanía

	Epifanía	58
	Octava de Epifanía	59
XXVI.	Fiesta de la Presentación	60

Ciclo Cuaresmal

	Ayunos de Cuaresma	60
	Liturgia de la semana cuaresmal	60
	Los hebdomadarios	62
XXVIII.	Otras formas de ayuno cuaresmal	63
XXIX.	Séptima semana de cuaresma	63
XXX.	Semana Mayor	65
XXXI.	La Procesión de los ramos	65
XXXII.	Lunes Santo	66
XXXIII.	Martes Santo	67
XXXIV.	Miércoles Santo	67
XXXV.	Jueves Santo	67
XXXVI.	Conmemoración de la agonía de Jesús	68
XXXVII.	Viernes Santo	70
XXXVIII.	Sábado Santo	72

Ciclo Pascual

	Día de Pascua y siguientes	72
XL.	Día de la Octava de Pascua	74
XLI.	De Pascua a Pentecostés	74
XLII.	Día cuadragésimo después de Pascua	75

Ciclo de Pentecostés

	Pentecostés	75
XLIV.	Después de Pentecostés	77

Liturgia Bautismal

XLV. Inscripción para el Bautismo	78
XLVI. La Catequesis	79
XLVII. Catequesis Mistagógicas	80
XLVIII. La dedicación de las Iglesias	81
XLIX. Celebración de las Encenias	82

Plano de los Monumentos Constantinianos .

Mapa del Itinerario de Eteria